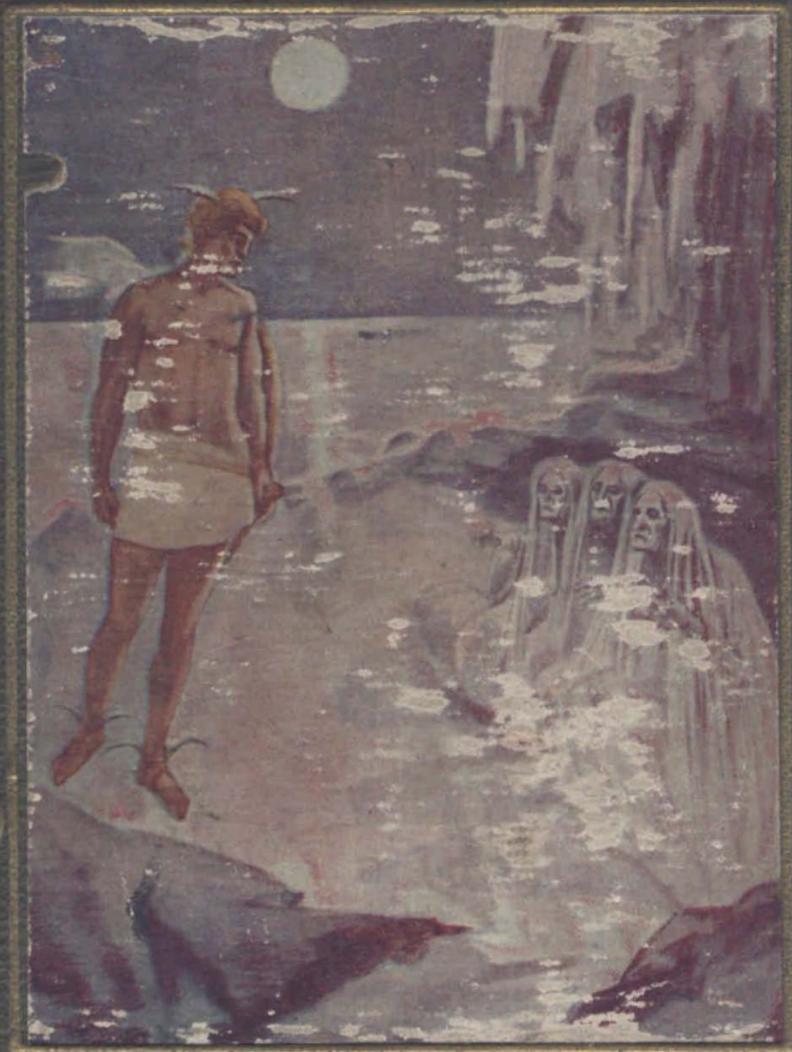


LOS HÉROES



COLECCION ARALUCE

Colección ARALUCE

LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

Declaradas por R. D. de utilidad
pública y para uso de las B. Circulantes.

LOS HÉROES

ES PROPIEDAD DEL EDITOR
CONFORME A LA LEY

2-1-20
20.238

CHARLES KINGSLEY

LOS HÉROES

EXPLICADA A LOS NIÑOS

POR

MARY MACGREGOR

CON ILUSTRACIONES DE

ROSE LÉ QUESNE

TERCERA EDICIÓN

(18.000)

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



CASA EDITORIAL ARALUCE
CORTES, 392 : BARCELONA

115 X 144

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Barcelona 21 de Octubre de 1914

NIHIL OSBTAT

EL CENSOR

Franc.º de P. Rivas y Servet

PRESBITERO

Barcelona 21 Octubre 1914

IMPRÍMASE

El Vicario Capitular

JOSE PALMAROLA

Por mandato de Su Sría.,

Lic. Salvador Carreras, Pbro.

Scrío. Canc.

Por lo que a Nós toca, concedemos nuestro permiso para la publicación de las obras que bajo el título de «Colección de obras maestras al alcance de los niños» dará a luz la Casa Editorial Araluce, de esta ciudad, mediante que de nuestra orden ha sido examinada, y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico o a la sana moral. Hágase constar esta licencia al principio o al final del libro, en la forma anotada al margen, y entréguese dos ejemplares rubricados por el Censor, en la Curia de nuestro Vicariato.

El Vicario Capitular

JOSÉ PALMAROLA

Por mandato de Su Señoría

DR. P. VALLÉS, PBRO.

Pro-Scrío

PRÓLOGO

Charles Kingsley escribió LOS HÉROES prestando a esta obra tal encanto, que las historias que la componen han llegado a ser un libro favorito de los niños como lo atestiguan repetidas ediciones. Pero éstos no pueden seguir a los valientes héroes en sus maravillosas aventuras, ni a los extraños países que atraviesan. Sus hazañas tienen lugar, muchas veces, en pueblos ignotos cuyos nombres no han aprendido en sus lecciones de geografía, o con extraños animales de que nunca han oído hablar. En ese libro, sin embargo, las historias de los héroes están explicadas con tal claridad, que hasta los más pequeñitos podrán deleitarse con el relato de sus vidas.

MARY MACGREGOR

INDICE

Págs.

PERSEO

| | |
|--|----|
| I. Perseo y su madre. | 7 |
| II. De cómo Perseo se comprometió a llevar a cabo una temeraria empresa. | 12 |
| III. Perseo mata a la Gorgona. | 22 |
| IV. Encuentro de Perseo con Andrómeda. | 28 |
| V. Regreso de Perseo a su país. | 37 |

LOS ARGONAUTAS

| | |
|--|----|
| I. De cómo el Centauro educó a los Héroes. | 42 |
| II. Jasón pierde su sandalia. | 51 |
| III. Construcción del buque Argos. | 62 |
| IV. Los Argonautas conquistan el Vello de Oro. | 67 |
| V. Regreso de los Argonautas a su patria. | 88 |

TESEO

| | |
|--|-----|
| I. De cómo Teseo levantó la losa. | 99 |
| II. Teseo vence al gigante Perifetes y al bandido Sinis. | 104 |
| III. Teseo da muerte al Minotauro. | 120 |

LISTA DE LAS LÁMINAS

Págs.

| | |
|--|-----|
| Sumergiéndose en las olas ante el buque. Frontispicio | |
| ...a la luz de la fría luna de invierno, halló a las Tres Hermanas Grises. | 23 |
| ...no halló a ninguna estatua, sino a una joven de carne y hueso. | 30 |
| —Soy Juno, la Reina del Olimpo. | 55 |
| ...alargó su largo y moteado cuello. | 86 |
| ...ante el buque siguiendo su estela. | 92 |
| —Me has hecho traición, falsa maga. | 95 |
| ...fué que bailaban sin música. | 107 |
| ...nunca había visto un monstruo tan extraño. | 124 |

PERSEO

PERSEO Y SU MADRE

CAPÍTULO I

HUBO en cierto tiempo muy remoto dos príncipes gemelos. Vivían en un risueño valle, en Hellas, país muy lejano, que hoy día se llama Grecia. Poseían fructíferos prados, viñedos, ovejas, bueyes, un gran rebaño de caballos y, en una palabra, todos los bienes que pueden constituir la felicidad de los hombres. Pero, a pesar de esto, eran miserables, porque tenían celos uno de otro.

Desde el momento en que nacieran ya empezaron a disputar, y, en cuanto fueron mayores, cada uno de ellos trató de apoderarse de la corona que ambos ceñían y reinar solo.

En cierta ocasión, un profeta dijo a uno de los dos desnaturalizados príncipes :

—Ya que te has lanzado contra tu familia, tu familia se levantará contra tí. Ya que has pecado contra tus parientes, por éstos serás casti-

gado. Tu hija Danae tendrá un hijo a cuyas manos morirás. Así lo han dicho los dioses y así ha de suceder.

El príncipe se asustó al oír esta profecía, pero no por eso corrigió su conducta. En cuanto llegó a ser rey, encerró a su hermosa hija Danae en una caverna subterránea, rodeada de una muralla de bronce para que nadie pudiera acercarse a ella, y de este modo se figuró ser más astuto que los dioses.

Sin embargo, al cabo de poco tiempo, Danae tuvo un hijo tan hermoso, que todos, excepto el monarca, hubieran tenido piedad de él. Pero el rey Acrisio era un hombre que no conocía los buenos sentimientos, y encerró a la madre y el hijo en una caja que arrojó al mar, para que las olas y los vientos la llevaran a donde tuvieran por conveniente.

Y la caja que les conducía flotó, navegando hacia el noroeste; y todos los que desde tierra veían su triste suerte lloraban llenos de pesar, exceptuando el cruel rey, que permanecía impassible.

La caja siguió flotando, agitada por las olas, y el niño dormía tranquilamente en brazos de su madre; pero la pobre mujer no podía

conciliar el sueño, acechando, llorosa, las probabilidades de salvación que podían presentarse para su hijito, al que tranquilizaba con sus canciones.

Dejaron a su espalda la última costa azulada y muy en breve se hallaron en alta mar. A su alrededor no había más que agua, cielo y viento; pero las aguas estaban tranquilas, el cielo risueño y el viento les acariciaba dulcemente.

Transcurrieron dos días y dos noches, hasta que Danae, debilitada por el hambre, se dió cuenta tristemente de que todavía no se presentaba tierra a la vista.

Mientras tanto, el niño seguía durmiendo; por fin la pobre madre, extenuada de fatiga, inclinó la cabeza y se durmió también, con las mejillas apoyadas en las de su hijo.

Al cabo de poco rato se despertó súbitamente; la caja crujía, hallábase a punto de destrozarse y el aire zumbaba. Levantó la mirada, y sobre su cabeza vió unas rocas enormes y a su alrededor grandes escollos casi cubiertos por lenguas de espuma.

Palmoteó de alegría y se puso a gritar en demanda de socorro, que no tardó en llegar: por entre las rocas apareció un hombre alto

y de porte majestuoso, el cual, mirando hacia abajo, descubrió a la pobre Danae, que, con la caja en que se hallaba, era juguete de las olas.

El hombre iba envuelto en una especie de manto de tela grosera y cubría su cabeza con un ancho sombrero que a medias le ocultaba el semblante. En la mano llevaba un tridente (especie de tenedor con tres púas muy afiladas y que se lanza a los peces), y en su hombro se veía una red de pescar.

Danae, al ver su alta estatura y su porte, sus dorados cabellos y barba y a los criados que le acompañaban, llevando cestos para la pesca, comprendió que no era un hombre ordinario.

Apenas había tenido tiempo de mirarle, cuando el hombre dejó a un lado el tridente y arrojó tan diestramente su red sobre Danae y la caja en que se hallaba, que al poco rato la madre y su hijo estaban en seguridad sobre una roca.

Entonces, el pescador, sacándoles de la caja, exclamó :

—¡ Oh hermosa joven ! ¿ Qué extraño acontecimiento os ha traído aquí, en tan rara embarcación ? ¿ Quién sois y de dónde venís ? Con

seguridad sois la hija de algún rey y vuestro hijo pertenece a los dioses.

Y al hablar señalaba al niño, cuya cara brillaba como la estrella matutina.

Pero, en vez de contestar, Danae inclinó la cabeza y preguntó sollozando :

—Decidme, señor, en qué tierra he venido a parar y entre qué hombres me hallo.

—Podilectes es rey de esta isla y hermano mío—repuso—. Los hombres me llaman Dicitis el pescador, porque a este pasatiempo me dedico.

Al oír sus palabras, Danae cayó de rodillas y le abrazó las piernas, diciendo :

—¡ Oh señor ! tened piedad de una extranjera a quien un cruel destino ha traído a esta tierra y dejadme vivir en vuestra casa en calidad de sirvienta. Pero tratadme bien, porque en un tiempo fuí la hija de un rey y este mi hijo no es de la raza común de los hombres. No quiero ser una carga para vos, ni comer el pan de la ociosidad. Puedo ganar mi vida, porque soy muy hábil en tejer y bordar ; más que cualquiera de las jóvenes de mi país.

Y se disponía a continuar hablando, pero

Dictis la interrumpió, y obligándola a levantarse, le dijo :

—Hija mía, yo soy ya viejo y mi cabello empieza a encanecer, pero no tengo ningún hijo que alegre mi casa. Ven conmigo y seréis, tú una hija para mí y para mi mujer y este niño nuestro nieto.

Danae se sintió reconfortada con estas palabras y se fué a su nueva casa, con Dictis, el buen pescador, en cuya compañía vivió y por quien fué tratada con la misma bondad que si hubiera sido su hija.

CAPÍTULO II

DE CÓMO PERSEO SE COMPROMETIÓ A LLEVAR
A CABO UNA TEMERARIA EMPRESA

Habían transcurrido quince años y aquel niño creció, llegando a ser un robusto marinero.

Su madre le llamaba Perseo, pero todas las gentes de la isla le daban el nombre de Rey de los Inmortales.

Aun cuando sólo contaba quince años, Perseo era más alto que cualquier hombre. Además era valiente y sincero, amable y cortés, pues el viejo y buen Dictis le había educado muy

bien y el joven había aprovechado las enseñanzas de su maestro.

Por aquel entonces, Danae y su hijo se habían visto en un gran peligro y el último había necesitado de todo su valor para defender a su madre y defenderse a sí propio.

Polidectes, el rey de la isla, no tenía buenos y nobles sentimientos como su hermano Dictis, sino que era un hombre ávido de placeres, astuto y cruel.

Cuando vió a la hermosa Danae quiso casarse con ella, pero la joven no aceptó sus proposiciones, porque no le amaba y quería dedicarse únicamente a su hijo.

Por fin Polidectes, en vista de las negativas de Danae, se puso furioso, y mientras Perseo estaba navegando, raptó a la pobre mujer de la casa de Dictis diciendo :

—Si no quieres ser mi esposa, serás mi esclava.

De manera que Danae se vió reducida a la condición de esclava y debía ir a la fuente a buscar agua y llevar el grano al molino.

Entretanto, Perseo estaba en alta mar muy ajeno a la idea de que su madre corriera ningún peligro.

Un día, mientras el buque estaba cargando mercancías, Perseo fué a corretear por un agradable bosque para resguardarse del sol, y sentándose sobre el césped se quedó dormido y tuvo el sueño más extraño de toda su vida.

Vió que por el bosque iba una dama mucho más alta que él o que cualquier mortal, pero extraordinariamente hermosa, con grandes ojos grises, claros, inteligentes e impregnados de dulzura. En su cabeza llevaba un casco y en la mano una lanza. Sobre sus hombros y cubriendo su larga vestidura azulada, se veía una piel de cabra de la que colgaba un fuerte escudo de bronce, pulimentado como un espejo.

Se detuvo y miró a Perseo con sus grandes ojos grises. El joven, tembloroso, no se atrevía a alzar los suyos, hasta que, por fin, la maravillosa señora exclamó :

—Perseo, es menester que me prestes un servicio.

—¿Quién sois, señora, y cómo sabéis mi nombre?

Entonces Minerva, la diosa de la sabiduría, pues era ella, se echó a reir, y levantando su escudo exclamó :

—Mira en él, Perseo. ¿Te atreverías a medir

tus fuerzas con un monstruo como este, y a matarle para que yo pueda poner su cabeza sobre mi escudo?

Y en su lisa superficie apareció una cara. Al verla, Perseo sintió que se le paralizaba la sangre en las venas. Era la de una mujer hermosa, pero sus mejillas estaban pálidas y tenía los labios muy delgados. En vez de cabellos, una gran cantidad de víboras se entrelazaban sobre su cabeza, sacando sus partidas lenguas; además, las uñas de aquella extraña mujer eran de bronce.

La miró largo rato y por fin dijo:

—Si existe en el mundo algún ser tan malo y feo, sería noble acción matarle. ¿Dónde podré hallar a este monstruo?

Entonces la diosa sonrió de nuevo y dijo:

—Eres sobrado joven para acometer esta empresa, porque esta es Medusa, la Gorgona. Vuelve a tu casa, y cuando hayas dado fin a la tarea que allí te espera, serás digno de ir en busca del monstruo.

Perseo hubiera querido replicar, pero Minerva desapareció. Entonces, despertado, vió que todo había sido un sueño.

Sin embargo, regresó a su país, y la prime-

ra cosa que supo fué que su madre era esclava de Polidectes.

Enfurecido se encaminó al palacio del Rey y empezó a recorrer todas las habitaciones y el palacio entero, hasta que halló a su madre ocupada en dar vueltas a la piedra del molino, y llorando mientras lo hacía.

La levantó, besándola tiernamente, y se la llevó. Pero, antes de que pudieran salir de la habitación, entró Polidectes.

Cuando Perseo vió al Rey, se arrojó sobre él, gritando :

—¡ Tirano ! ¿ Es esta la bondad con que acoges a las extranjeras y a las viudas ? ¡ Vas a morir !

Y como no tenía espada, levantó la piedra del molino y se preparó a arrojarla contra la cabeza del Rey.

Pero su madre se agarró a él gritando y el buen Dictis, que entró entonces, le recordó que Polidectes era hermano suyo.

Perseo, desistió, pues, de su propósito y el Rey, que durante toda aquella escena había estado temblando cobardemente, les permitió la salida.

A fin de poner a su madre al abrigo de todo

riesgo, Perseo la llevó al templo de Minerva, en el cual las sacerdotisas la adoptaron, confiándole su cuidado. En él estaba a salvo de cualquier mal intento, pues nadie se atrevería a sacarla de allí. El buen Dictis y su esposa iban a visitarla diariamente.

En cuanto a Polidectes, viendo que no podía apoderarse de Danae por la fuerza, resolvió valerse de la astucia; pero, comprendiendo que no la podría recuperar mientras Perseo permaneciera en la isla, formó un plan para alejarle de ella. Primero fingió haber perdonado al joven y olvidado completamente a su madre y, durante algún tiempo, no intentó nada contra ellos. Después de una temporada se propuso celebrar una gran fiesta a la que invitó a todos los jefes y a los jóvenes de la isla y entre éstos a Perseo, a fin de que pudieran prestar homenaje a su Rey y participar de su banquete.

Todos acudieron al día señalado, y entonces era costumbre que cada invitado ofreciera un regalo al soberano. Uno llevó un caballo, otro un chal o una sortija, otros una espada y algunos cestas para las uvas; pero Perseo no llevó nada por no tener nada que ofrecer, pues tan sólo era un pobre marinero.

Sin embargo, estaba avergonzado de comparecer ante el Rey sin poderle ofrecer ningún regalo, de modo que, apoyado en el marco de la puerta, observaba tristemente a los hombres ricos que entraban, sonrojándose al ver que, señalándole, decían todos sonriendo :

—¿Qué es lo que ha traído Perseo?

Éste, avergonzado, balbuceaba palabras ininteligibles para disculpar su pobreza, pero los ricos reían orgullosamente. Por fin, loco de vergüenza y sin saber lo que decía, exclamó :

—¡ Un regalo ! ¡ Tal vez podré ofrecerlo más rico y precioso que todos los vuestros reunidos !

—¡ Oigámosle ! ¿Cuál es?—preguntaron, riendo más que antes.

Entonces Perseo, recordando su extraño sueño, gritó con fuerte voz :

—¡ La cabeza de la Medusa Gorgona !

En cuanto hubo pronunciado estas palabras, se sintió poseído de espanto. Los circunstantes, por su parte, se echaron a reír de la mejor gana y el Rey más que todos. Pasado el acceso de hilaridad, Polidectes dijo :

—Has prometido traerme la cabeza de la Gorgona. ¡ No te presentes ante mí sin haber cumplido tu promesa ! ¡ Vete !

Perseo comprendió que había dado un mal paso, pero salió sin decir palabra.

Marchó hacia los acantilados de la costa y se puso a mirar el mar azul, preguntándose si su sueño era real.

—Minerva, ¿fué mi sueño presagio de una realidad? ¿Debo matar a la Corgona? Lo he prometido en un acceso de ira, pero estoy dispuesto a cumplirlo con paciencia y sangre fría.

Pero no recibió contestación; no vió nada que pudiera dársela, ni tampoco una nube en el despejado cielo.

Tres veces preguntó Perseo y otras tantas dijo:

—Lo he prometido en un acceso de ira, pero estoy dispuesto a cumplirlo con paciencia y sangre fría.

Entonces vió a lo lejos una nubecilla blanca, brillante como la plata, que avanzaba hacia él. En cuanto tocó contra los acantilados se rompió, y de su interior salió Minerva, acompañada por un joven cuyos ojos parecían carbones encendidos.

Los dos avanzaron ligeramente hacia Perseo, quien, cayendo de rodillas, les adoró al ver que no eran personas mortales.

Minerva le habló con mucha bondad, recomendándole que no tuviera miedo.

—Perseo—dijo,—has retado a Polidectes y te has portado como un hombre valeroso. ¿Te atreves a habértelas con Medusa, la Gorgona?

—Probadme—contestó Perseo.—Desde que me habláis, siento que mi valor se ha acrecentado.

—Esta hazaña, Perseo—repuso Minerva,—no puede llevarse a cabo en menos de siete años, durante los cuales no puedes retroceder ni abandonar la empresa. Si tu valor decrece, será menester que mueras, y ningún hombre hallará tus despojos.

—Decidme, ¡ oh hermosa y sabia Minerva ! cómo he de obrar para alcanzar el éxito y si luego es necesario morir, moriré con gusto—exclamó Perseo.

—Sé paciente y escucha—contestó sonriendo la diosa.—Debes ir hacia el norte, hasta que halles a las tres Hermanas Grises, que sólo tienen un ojo y un diente entre todas. Pregúntales qué camino has de tomar para hallar a las hijas de la estrella de la Tarde, y ellas te dirán dónde mora la Gorgona, a la que matarás ; pero ¡ ten mucho cuidado ! porque sus ojos son terri-

bles y todas las cosas que miran se convierten en piedra.

—¿Cómo podré librarme de ellos?—preguntó Perseo.

—Tomarás este escudo pulimentado—dijo Minerva—y mirarás, no a la Gorgona, sino a la imagen que se refleje en él, de manera que puedas hierla con seguridad. Cuando le hayas cortado la cabeza, envuélvela, sin mirarla, en los pliegues de la piel de cabra de que cuelga el escudo. Así podrás traérmela sin peligro y ganar para tí un nombre y un lugar entre los héroes.

—Voy a emprender el viaje aunque en él pierda la vida—repuso Perseo—. Pero, ¿cómo cruzaré los mares sin una embarcación? ¿Quién me guiará en mi camino? ¿Y cómo podré herir a la Gorgona si está cubierta de escamas de hierro y bronce?

Entonces habló el joven que acompañaba a Minerva, y dijo:

—Estas sandalias mías te llevarán a través de los mares y por encima de las montañas con la velocidad de un pájaro, como me llevan a mí. Las propias sandalias te guiarán durante el camino, porque son de naturaleza divina y no pue-

den equivocarse. Además, con esta espada podrás matar a la Gorgona, porque también es divina y no hay necesidad de herir dos veces. Levántate, tómalo todo y emprende el camino.

Perseo púsose en pie, se ajustó las sandalias y se ciñó la espada.

—Ahora, ¡lánzate desde aquella roca, y parte!—exclamó Minerva.

Perseo miró al abismo que tenía a sus pies y sintió que un estremecimiento recorría su cuerpo; pero, avergonzándose de su miedo se arrojó al vacío.

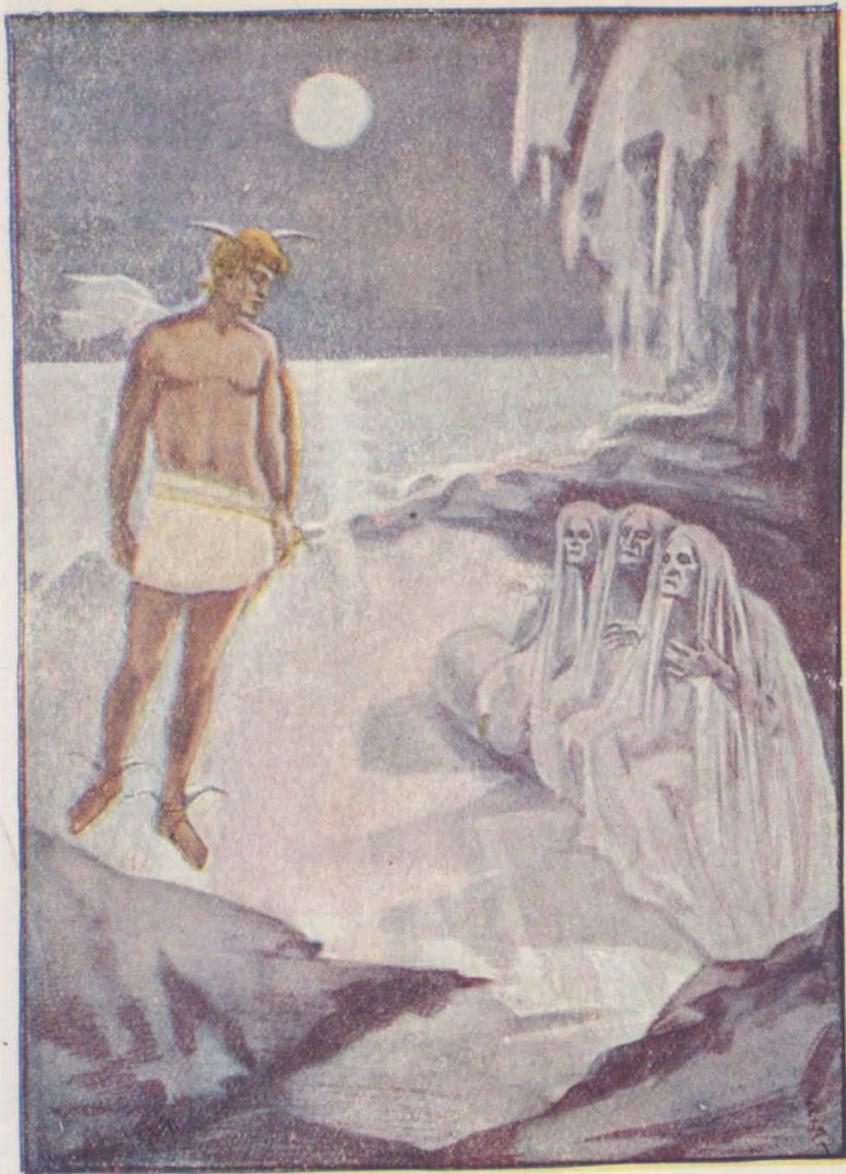
Y en vez de caer, ¡sintió que se deslizaba maravillosamente por el aire!

CAPITULO III

PERSEO MATA A LA GORGONA

Así emprendió Perseo su vuelo, atravesando a pie enjuto mares y montañas, y al ver la facilidad con que viajaba, sintió que su corazón se llenaba de alegría y ardimiento. Con las sandalias aladas andaba cada día el camino de siete.

Por fin, a la orilla de un mar helado y a la



A la luz de la fría luna de invierno, halló a las tres Hermanas Grises

luz de una fría luna de invierno, halló a las tres Hermanas Grises. A su alrededor no se veía ningún ser viviente, ni una mosca en el aire ni un tallo de musgo sobre las rocas.

Se pasaban su ojo de una a la otra, porque todas a la vez no podían ver, y su único diente de mano en mano, porque a las tres juntas no les era posible comer; estaban sentadas a la luz de la luna, pretendiendo calentarse con sus rayos.

—Decidme, madres venerables—les preguntó Perseo:—¿cuál es el camino que conduce al lugar en que se hallan las hijas de la Estrella de la Tarde?

Al oír su voz gritó una de ellas:

—Dame el ojo para verle—y otra añadió:

—Dame el diente para morderle;—pero no se dignaron contestar a su pregunta.

En vista de ello, Perseo se acercó a las tres viejas y esperó a que se pasaran el ojo de una a otra mano. Cuando lo hicieron, aproximó silenciosamente la suya y tomó el ojo, que le dieron, creyendo que lo recibía la otra hermana.

Entonces Perseo retrocedió y les dijo riendo:

—Viejas crueles, me he apoderado de vuestro ojo y lo echaré al mar si no me indicáis, jurando decir la verdad, cuál es el camino que

debo seguir para hallar a las hijas de la Estrella de la Tarde.

Al oír estas inesperadas palabras, las tres viejas se echaron a llorar e insultaron a Perseo, pero todo fué en vano. Se vieron obligadas a decirle la verdad. El héroe podía haber huído sin devolverles el ojo, pero no lo hizo así, sino que se lo entregó y emprendió el camino hacia el sur, dejando, a su espalda la nieve y el hielo.

Por último, después de un largo viaje, oyó unas dulces voces que cantaban. Y Perseo no dudó que procedían del jardín de las hijas de la Estrella de la Tarde.

En cuanto le vieron le preguntaron temblando :

—¿Habéis venido a robar nuestro jardín y a quitarnos nuestros dorados frutos?

—No necesito ninguno de vuestros frutos dorados—repuso Perseo—. Tan sólo os pido que me digáis qué camino debo seguir para llegar al lugar habitado por la Gorgona, a fin de proseguir mi viaje y matarla.

—Espera, espera, hermoso joven—contestaron—; ven a bailar con nosotras alrededor de los árboles de este jardín.

—No puedo bailar con vosotras, herma-

sas niñas ; decidme, os lo ruego, 'dónde está la Gorgona, porque de lo contrario moriré ahogado en el mar.

Las jóvenes suspiraron y contestaron llorando :

—¡ La Gorgona ! ¡ Te convertirá en piedra !

—Los dioses ya me han dado armas, que usaré a tiempo y con prudencia—repuso Perseo.

Entonces las hermosas jóvenes le dijeron que la Gorgona vivía en una isla muy lejana, pero que, para acercarse a ella impunemente, precisaba llevar el sombrero que hacía invisible, a fin de no ser descubierto por los monstruos. Una de las bellas jóvenes tenía en su mano el sombrero en cuestión.

Mientras todas besaban a Perseo, llorando apoyadas en él, éste estaba impaciente por marcharse. Por fin se puso el sombrero mágico y se desvaneció, quedando invisible para las hijas de la Estrella de la Tarde.

Prosiguió atrevidamente su camino, pasó por muchos lugares horribles y tuvo espantosas visiones, hasta que oyó el ruido especial que producían las Gorgonas al agitar sus alas y divisó el brillo de sus garras de bronce. Entonces com-

prendió que había llegado la hora de detenerse, porque, de lo contrario, Medusa le hubiera convertido en piedra.

Antes de lanzarse al ataque reflexionó detenidamente y recordó todas las palabras de Minerva. Luego se elevó en el aire, y levantando el escudo por encima de su cabeza, miró la escena que reflejaba, para, de tal modo, poder ver lo que se hallaba a sus pies.

Las tres Gorgonas estaban durmiendo, y, con sorpresa, vió que eran tan grandes como elefantes. Ellas no le podían descubrir, porque el sombrero mágico le hacía invisible; sin embargo, sintió un estremecimiento de espanto cuando se dejó caer encima de ellas: tan terrible era su aspecto.

En aquel momento, Medusa inclinó la cabeza hacia atrás; su largo cuello se reflejaba con tanta blancura en su escudo, que Perseo no se atrevía a herir. Mientras permanecía indeciso, las víboras que formaban trenzas en su cabeza, a modo de cabellos, se despertaron y empezaron a mirar en todas direcciones con sus secos ojos, y abriendo las venenosas fauces se pusieron a silbar. Además, al moverse, Medusa puso al descubierto sus garras metálicas, y Perseo

vió que, a pesar de su aparente belleza, era tan horrible como sus hermanas.

Sin vacilar ya más bajó al suelo, avanzó atrevidamente hacia ellas, y mirando de nuevo a su escudo, que hacía las veces de espejo, hirió con fuerza a la Gorgona con la espada, y no tuvo necesidad de dar un segundo golpe.

Envolvió la cabeza en la piel de cabra, apartando la vista mientras lo hacía, y ligeramente se lanzó a los aires con más velocidad que nunca.

Sus mágicas sandalias le llevaron a través de las nubes y de la luz solar, a través del mar sin orillas, hasta que se halló de nuevo en los jardines de las hermosas hijas de la Estrella de la Tarde.

Una vez ante ellas les preguntó :

—¿Por dónde debo ir para regresar a mi país?

Entonces las jóvenes, llorando, exclamaron :

—No regreses a tu país. ¡Quédate a jugar con nosotras, que estamos siempre solas!

Pero Perseo se negó, y bajando a toda prisa la montaña se lanzó por encima del mar, volando como una gaviota.

CAPÍTULO IV

ENCUENTRO DE PERSEO CON ANDRÓMEDA

De esta manera Perseo volaba hacia el nordeste, siempre por encima del mar, hasta que, después de muchas leguas de viaje, llegó a cererse sobre las movedizas arenas del desierto.

Siguió su vuelo sobre aquella desolada extensión, sin saber la distancia que recorría, esperando cada día ver el azul Mediterráneo para, una vez en él, regresar a su patria.

Pero, mientras el héroe abrigaba estas esperanzas, un huracán terrible le echó al Sur, internándole otra vez en el desierto. Durante todo el día luchó contra el empuje del viento, mas, a pesar de sus divinas sandalias, no pudo quedar vencedor, y a la mañana siguiente divisó la misma odiosa e inmensa extensión de áridas arenas.

Por fin, en cuanto el viento hubo cesado, trató nuevamente de ir hacia el Norte, pero otra vez se desató la tempestad de arena, que, implacablemente, le internó más en el desierto. Luego todo quedó tranquilo y el cielo sin nubes.

Perdida ya la esperanza, exclamó, implorando a Minerva :

—¿Acaso, divina Minerva, no he de ver más a mi madre, ni el rizado y azulado mar y las alegres montañas de mi patria Hellas?

Entonces oró, y después de haberlo hecho reinó un gran silencio. Perseo, recobrando la esperanza se dijo :

—Seguramente estoy aquí por voluntad de los dioses, porque Minerva no miente. ¿Acaso estas sandalias no me conducirán por mi camino?

De pronto sus oídos percibieron el rumor de una corriente de agua ; Perseo lanzó un grito de alegría, y dirigiéndose al sitio de donde procedía el ruido apagó su sed, comió dátiles de unas palmeras que allí cerca había y descansó sobre el césped. Al despertar se lanzó de nuevo a los aires, pero esta vez no intentó ir hacia el Norte, pensando :

—Seguramente Minerva me ha enviado a este lugar con algún propósito y cree que todavía no debo regresar a mi país. Tal vez he de llevar a cabo alguna otra hazaña antes de que me sea dado ver de nuevo las verdes colinas de mi patria Hellas.

En consecuencia, Perseo voló siguiendo la orilla del mar, y un día, al oscurecer, miró hacia unas rocas. En una de ellas, muy cerca del agua, vió una blanca imagen que permanecía inmóvil.

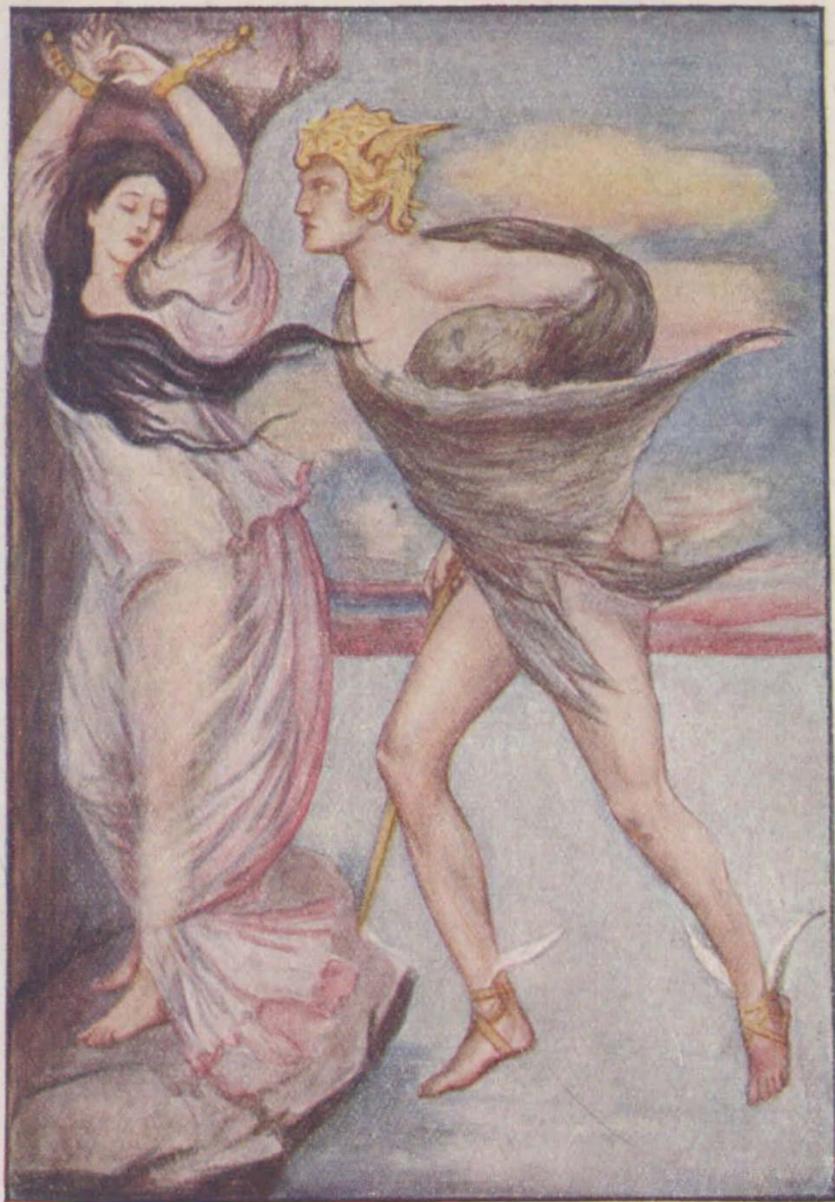
—Será, sin duda—pensó,—la estatua de algún dios marino. Voy a verlo.

Mas, al aproximarse, no halló ninguna estatua, sino una joven de carne y hueso, cuya cabellera se agitaba al soplo de la brisa. Al acercarse más todavía, vió que la joven temblaba de frío cada vez que las olas la mojaban con su agua salada.

Sus brazos estaban levantados por encima de la cabeza y sujetos a la roca con cadenas de bronce ; tenía la cabeza inclinada sobre el hombro como si fuera presa de sueño, de fatiga o de un pesar. Pero a veces la levantaba y con lastimera voz llamaba a su madre.

Aunque Perseo estaba muy cerca de ella, la joven no podía verle, porque aquél llevaba el sombrero que le hacía invisible.

Con el corazón lleno de piedad y de indignación, el héroe se puso a mirar detenidamente a la joven. Sus mejillas eran de color más os-



No halló á ninguna estátua, sino á una joven de carne y hueso

curo que las de los helenos y sus cabellos de un negro azulado.

—Nunca vi una joven tan hermosa—se dijo Perseo—, ni aun en ninguna de las islas de mi país. Con seguridad es la hija de algún rey, y es demasiado hermosa para que pueda ser mala. Voy a hablarla.

Y quitándose el sombrero mágico apareció a su vista.

La joven dió un grito de espanto.

—No tengáis ningún miedo, hermosa niña—dijo—. ¿Qué crueles hombres os han encadenado? Pero, esperad; ante todo voy a libertaros.

Y agarró con fuerza las cadenas, pero eran demasiado resistentes para romperlas con las manos.

Entretanto la joven gritaba:

—¡No me toquéis! ¡Soy una víctima de los dioses del mar! ¡Os matarán si os atrevéis a libertarme!

—¡Que lo prueben!—repuso Perseo.

Y sacando su espada mágica, cortó las cadenas con tanta facilidad como si hubieran sido de cera.

—Ahora—dijo—me pertenecéis, y no a esos dioses del mar, sean quienes fueren.

Por toda contestación la joven, desesperada, se puso a gritar llamando a su madre.

Entonces el joven la sostuvo en sus brazos y preguntó :

—¿Cuáles son esos dioses del mar tan crueles e injustos que condenan a muerte a las hermosas jóvenes como vos? Dejad que pruebe mi fuerza contra ellos. Pero, decidme, niña, quién sois y qué cruel hado os ha conducido a tan terrible situación.

—Soy la hija de un rey—dijo ella llorando—. Mi madre es la Reina de las hermosas trenzas y me llaman Andrómeda. Estoy aquí para expiar un pecado de mi madre que, en cierta ocasión, dijo, llena de orgullo, que yo era más hermosa que la Reina de los Peces. Ésta, encolerizada, desató contra nosotros todas las olas de sus dominios, devastando nuestros Estados, y ahora yo debo ser devorada por un monstruo marino para expiar un pecado que no cometí.

—¡Un monstruo marino!—dijo Perseo, riendo—. He vencido a otros más temibles.

Andrómeda le miró, y renació la esperanza en su corazón al verle tan valiente y hermoso,

empuñando la brillante espada con una mano, mientras con el otro brazo le rodeaba la cintura.

Sin embargo suspiró, y dijo :

—¿Por qué queréis morir, siendo como sois joven? Abandonadme a mi suerte y proseguid vuestro camino.

—No será así—exclamó Perseo—. Maté a la Gorgona con ayuda de los dioses, y por obra suya he venido aquí para matar al monstruo con esta misma cabeza de Medusa. Apartad vuestros ojos cuando os deje, porque si la miraseis os convertiríais en piedra.

La joven no contestó, porque no podía dar crédito a sus palabras.

De pronto, levantando la vista, indicó con el dedo el mar y exclamó : aterrada :

—Ahí está ; viene al amanecer, como había prometido. Debo morir. ¡ Marchaos !

Y de nuevo trató de apartarle.

—Me iré ; pero antes prometedme una cosa —dijo Perseo— ; y es que, si mato a ese monstruo, consentiréis en ser mi mujer y en venir a mi reino, porque soy hijo de un rey. ¡ Prometedmelo, y sellad vuestra promesa con un beso !

Ella levantó la cara y le besó. Entonces Perseo exhaló un grito de alegría y se lanzó volando

por encima del mar, mientras Andrómeda, temblando, se acurrucaba en la roca.

El monstruo marino seguía acercándose pezerosamente, dejándose llevar por la corriente y deteniéndose de vez en cuando. Sus costados estaban llenos de conchas y de algas y el agua se introducía en sus abiertas mandíbulas mientras avanzaba. Por fin divisó a Andrómeda y se precipitó para apoderarse de su presa.

En aquel instante, desde lo alto, Perseo se dejó caer como un aerolito sobre la cresta de las olas y Andrómeda, al verlo, ocultó la cara. Durante un momento todo estuvo silencioso.

Por último, cuando la joven se decidió a mirar llena de espanto, vió a Perseo que se dirigía hacia ella, y en lugar del monstruo, una grande y negra roca se alzaba en medio del mar, que mansamente la rodeaba.

¡ Quién pudiera entonces pintar la felicidad y el orgullo de Perseo cuando, al regresar al sitio en que se hallaba Andrómeda, estrechó a su amada entre sus brazos y se elevó con ella a la cima de las rocas como halcón que transporta su presa !

¡ Quién tan orgulloso como Perseo y quiénes tan contentos como las gentes de aquel país !

Llegaron el Rey y la Reina acompañados por todo el pueblo, que cantaba y bailaba de alegría, para recibir a Andrómeda como a una persona que hubiera resucitado de entre los muertos.

—Héroe heleno—dijo el Rey a Perseo—, quédate en mi país ; consiente en ser mi yerno y te daré la mitad de mi reino.

—Acepto con gusto el ser vuestro yerno—dijo Perseo—, pero no quiero ninguna parte de vuestro reino, porque siento añoranza por la risueña Hellas y por mi madre, que me espera en nuestra casa.

—Por lo menos no te lleves en seguida a mi hija—dijo el Rey—, porque para nosotros es como si hubiera resucitado. Permanece en nuestra compañía durante un año y luego podrás efectuar el regreso con todo el honor que te es debido.

Perseo consintió de buena gana, pero, antes de entrar en el palacio del Rey, ordenó al pueblo que le llevaran piedras y árboles y construyó un altar consagrado a Minerva, a la que sacrificó terneros y corderos.

Luego se celebró la boda entre el héroe y An-

drómeda, con grandes fiestas que duraron siete días.

Pero, la noche del octavo, Perseo tuvo un sueño. Vió a su lado a Minerva, tal como la viera siete años antes, llamándole por su nombre y diciéndole :

—Perseo, te has portado como un hombre, y ya lo ves, has alcanzado la recompensa. Ahora devuélveme la espada y las sandalias, así como el sombrero que hace invisible, a fin de que yo pueda restituirlo a sus respectivos dueños. En cuanto a la cabeza de la Gorgona, puedes guardarla todavía, porque la necesitarás a tu regreso a Hellas.

Y Perseo se levantó para entregar la espada, las sandalias y el sombrero ; mas, al hacerlo, se despertó y vió que había soñado. Pero no fué todo ficción como él creyera, porque la piel de cabra con la cabeza de la Gorgona estaba en su sitio, en tanto que la espada, las sandalias y el sombrero habían desaparecido. Y Perseo ya no los vió nunca más.

CAPITULO V

REGRESO DE PERSEO A SU PAIS

Un año después, en una hermosa galera movida a fuerza de remos, salió con dirección a su país, luego de haber hecho embarcar a su esposa Andrómeda y de haber transportado a la nave el dote que le correspondía, consistente en ricas joyas, hermosas vestiduras y objetos de Oriente. Los dos reyes y el pueblo en masa fueron a despedirles llorando.

Cuando Perseo llegó a Hellas, dejó su nave en la orilla y entró en la ciudad como lo hacía en otro tiempo. Abrazó a su madre y a Dictis, que vertían lágrimas de alegría al verle de nuevo a su lado después de estar privados, durante siete años, de su compañía.

Una vez satisfechas las ansias de su corazón abrazando a las dos personas que más amaba, se encaminó al palacio del rey Polidectes, llevando en una mano la piel de cabra que envolvía la cabeza de la Gorgona.

Al entrar en la gran sala del palacio, vió a

Polidectes que estaba sentado ante una mesa, rodeado de sus nobles, que alegremente departían comiendo carnes y pescados de todas clases y bebiendo vino de color de sangre.

Perseo se detuvo en el umbral y llamó al Rey por su nombre, pero ni éste ni ninguno de los invitados conocieron al recién llegado, porque había cambiado mucho durante su larga ausencia. Salió de su país siendo un muchacho y regresaba convertido en un héroe.

Sin embargo, Polidectes el Malo le reconoció por fin, y burlescamente exclamó:

—¡Hola, expósito! ¿Ya te has convencido de que es más fácil prometer que cumplir?

—Aquel a quien ayudan los dioses, cumple sus promesas—repuso Perseo desenvolviendo la cabeza de la Gordona.

Y luego añadió, sosteniéndola en alto:

—¡Mirad!

Polidectes y sus cortesanos palidecieron intensamente al mirar la espantosa cara del monstruo. Todos trataron de levantarse, pero ya no les fué posible, porque sus cuerpos quedaron inanimados y lentamente se fueron convirtiendo en bloques de piedra gris.

Cuando Perseo vió que su venganza estaba

satisfecha, salió de allí, encaminándose a la bahía en busca de su galera.

Luego dió el reino al buen Dictis y se embarcó de nuevo, con su esposa y su madre.

La nave que conducía a Perseo bogó hacia el Oeste hasta que llegó al país en que naciera el héroe. Una vez allí, éste se enteró de que su abuelo había huído, temiendo que su nieto le matara.

El joven se entristeció al saberlo y dijo :

—Seguramente conseguiré ahora que me quiera, cuando vea que regreso cargado de honores. Voy en su busca, le haré volver y todos reinaremos en paz.

En consecuencia se embarcó de nuevo y por fin llegó al país en que habitaba su abuelo. El pueblo estaba en los campos celebrando una fiesta con toda clase de juegos.

Perseo, mezclándose con la multitud, se dirigió al paraje en que tenían lugar los juegos y no se dió a conocer, pensando :

—Si tengo la suerte de ganar el premio, el corazón de mi abuelo sentirá por mí alguna benevolencia.

En la lucha del péntalo, Perseo se distinguió entre todos los demás jugadores colocándose en

el primer lugar, tanto en la carrera como en los saltos, la lucha y el tiro de jabalinas y discos. Ganó cuatro coronas, y al tomarlas se dijo :

—Ahora hay una corona más que ganar. Voy a ver si lo consigo, para poder depositarla en las rodillas de mi abuelo.

Entonces cogió algunos discos y los lanzó a una distancia cinco veces mayor que cualquiera de sus competidores. El pueblo, entusiasmado, exclamaba :

—¡ Nunca se vió tan diestro discóbolo !

Animado, Perseo, reunió toda su fuerza y arrojó otro disco ; pero una ráfaga de viento procedente del mar lo hizo cambiar de dirección y fué a herir a su abuelo, que perdió el sentido a causa del gran dolor que le produjo el golpe.

Perseo, profiriendo un grito de espanto, se precipitó hacia él ; pero, cuando los cortesanos levantaron su cuerpo, vieron que era ya cadáver.

El héroe, en señal de duelo, rasgó sus vestiduras, se llenó la cabeza de polvo y lloró por su abuelo.

Luego, levantándose, llamó al pueblo con fuerte voz y dijo :

—Los dioses dicen siempre la verdad y lo

que hay ordenado debe suceder. Soy Perseo, el nieto del Rey que acaba de morir.

Y seguidamente les relató que un oráculo había profetizado que mataría a su abuelo.

En seguida empezaron a celebrarse magníficos funerales en honor del Rey fallecido, al que incineraron en una rica pira.

Perseo fué el templo, en donde le purificaron de su crimen por haberlo cometido involuntariamente, y una vez cumplidas todas las ceremonias en honor del último monarca, regresó a su patria en compañía de Andrómeda y reinó con ella felizmente. Los dioses les concedieron cuatro hijos y tres hijas.

Y cuando murieron si hemos de creer a los antiguos, Minerva les llevó al cielo. Durante toda la noche Perseo y Andrómeda brillan en el firmamento como dos faros, para guía de los marineros errantes, pero durante el día participan de las fiestas de los dioses en las azuladas y risueñas colinas de la mansión de los Inmortales.

LOS ARGONAUTAS

CAPÍTULO I

DE CÓMO EL CENTAURO EDUCÓ A LOS HÉROES

A HORA voy a relatar la historia de unos héroes que, en una nave, fueron a un país lejano para conquistar el Vellocino de Oro, con lo que ganaron también renombre eterno para sí mismos.

¿Y qué era el Vellocino de Oro?

Era el vellón o el vellocino del maravilloso carnero, que, sobre sus espaldas, llevó a través del mar, a un muchacho y una niña llamados Frisos y Hella.

En cierta ocasión, el hambre se enseñoreó del país, y la Reina, la cruel madrastra de los dos niños, deseando matar a Frisos y a Hella, para que algún día pudieran reinar sus propios hijos, dijo, con el fin de excusar su horrible crimen, que era necesario sacrificar los dos

niños a los dioses para que se compadecieran del país y le librasen del hambre.

Los dos pobres niños fueron, pues, llevados ante el altar ; pero, cuando el sacerdote se preparaba a hundir en sus cuerpos el afilado cuchillo, bajó de las nubes el carnero de oro, los hizo montar en su espalda y desapareció con ellos.

El divino animal transportó a los dos niños a gran distancia, atravesando tierras y mares, y mientras pasaban por un estrecho la niña Hella cayó al mar y se ahogó. Por esta razón, aun hoy día aquel estrecho lleva el nombre de «Hesleponto».

El carnero, sin interrumpir su marcha y llevando tan sólo a Frisos, siguió su camino hacia el nordeste, atravesando el llamado Mar Negro, y por último se detuvo en las escarpadas costas de la Cólquida.

Frisos se casó con la hija del rey de aquel país, y sacrificó el divino carnero a los dioses. En cuanto a su piel, con el vellón, fué colgada de una encina, en un bosque consagrado a Marte el dios de la guerra.

Después de algunos años Frisos murió, pero su espíritu no pudo gozar de reposo, por estar su cuerpo enterrado lejos de su país y de las

rientes colinas de Hellas. Por esta razón se presentó en sueños a los héroes de su patria, y tristemente les dijo :

—¡ Id a libertar mi espíritu, para que pueda descansar al lado de mis padres y parientes !

—¿ Cómo podremos hacerlo?—le preguntaron.

—Cruza el mar, id a Cólquida y traed a vuestro país el Vellochino de Oro. Así, mi espíritu volverá con él y podré descansar con mis padres.

De esta manera les llamó varias veces, pero al despertar, todos se decían :

—¿ Quién se atreve a ir a través del mar hasta Cólquida, para conquistar el Vellochino de Oro?

Y en todo el país no había nadie bastante valeroso para intentar esta hazaña, porque aquellos a quienes tal empresa estaba destinada, no se habían presentado aún.

Frisos tenía un primo llamado Asón, que era rey de Colcos ; pero un hermano de éste, hombre sin ningún escrúpulo, destronó a Asón y se apoderó de su reino.

En cuanto Asón se vió desterrado, salió tris-

temente de la ciudad llevando de la mano a su hijo y diciéndose :

—Es menester que oculte a mi hijo en las montañas, porque, de lo contrario, mi hermano le mataría para desembarazarse de un heredero.

Por esta razón, desde la orilla del mar se encaminó tierra adentro a través de los viñedos y olivares, y atravesando el río empezó a bajar el monte Pelión, cuyas cimas están cubiertas de nieve.

Prosiguió su camino salvando pantanos, escarpadas rocas y llanuras, pero, al cabo de algunas horas de marcha, el niño, que estaba cansado y con los pies llenos de dolorosas heridas, no pudo seguir andando. Entonces Asón le cogió en brazos, hasta que dió con una solitaria caverna que había en la base de una roca enorme.

De la cima de la roca colgaban grandes cárambanos de hielo que se fundían al calor del sol y caían con gran estrépido. Pero, a los pies de los dos fugitivos, alrededor de la boca de la caverna, crecían toda clase de flores y plantas como en un jardín ; a ello contribuía la esplendorosa luz del sol y la corriente de agua que por allí cerca pasaba.

Mientras Asón examinaba aquel lugar oyó, procedente del interior de la caverna, la voz de un hombre que cantaba acompañándose con un arpa, y dejando en el suelo a su hijo, murmuró a su oído :

—Adelántate sin temor por la caverna y a quienquiera que encuentres, le pones tus manos sobre sus rodillas y le dices «En nombre de Zeus, padre de los dioses, soy desde hoy en adelante vuestro huésped.»

El niño obedeció sin miedo, porque era el hijo de un héroe, pero no pudo por menos de detenerse maravillado al oír el canto.

Poco tardó en ver al que cantaba, echado sobre unas pieles de oso y fragantes ramos de flores : era Quirón, el viejo Centauro, el más sabio de todos los seres de la tierra.

Desde la cabeza hasta la cintura parecía un hombre cualquiera, pero, a partir de ella, su cuerpo era el de un noble caballo. Sus blancos cabellos caían en espesos mechones sobre los robustos hombros, y la barba, del mismo color, descansaba sobre el pecho. Sus ojos tenían una gran expresión de inteligencia y bondad y la espaciosa frente acababa de confirmar en esta impresión. En sus manos sostenía un arpa de

oro, que pulsaba con una llave del mismo metal. Al cantar, sus ojos resplandecían, llenando de luz el interior de la caverna.

El muchacho escuchaba de tal manera abortado, que se le olvidaron las palabras que su padre le había encargado que dijera.

Por fin el anciano Quirón se calló, y viendo al niño llamóle con voz dulce.

El pequeñuelo se apresuró a obedecer a su llamada y acudió temblando, deseoso de ponerle las manos sobre las rodillas; pero Quirón sonrió, y atranyéndole a sí, le dijo:

—¿Te asustan mis patas de caballo? ¿Quieres quedarte conmigo, hermoso niño?

—Con gusto quisiera tener patas de caballo como vos, si pudiera cantar tan bellas canciones como las vuestras—dijo el niño.

Quirón se echó a reír y dijo:

—Siéntate aquí hasta que se ponga el sol y entonces regresarán los que han ser tus compañeros de juego, y con ellos aprenderás a ser rey y a gobernar a los valientes.

Luego, volviéndose a Asón que había seguido a su hijo hasta el interior de la caverna, le dijo:

—Idos en paz. Ese niño no cruzará de nuevo

el río, sino cuando sea vuestra gloria y la de vuestra casa.

Asón se despidió llorando de su hijo, y se marchó; pero el niño no derramó lágrimas: tan contento estaba de hallarse en aquella maravillosa caverna en compañía del Centauro, que tan hermosas canciones cantaba y esperando a los compañeros de juego que le había anunciado.

Luego Quirón le puso el arpa en las manos y le enseñó cómo debía tocarla hasta que el sol se ocultó en el horizonte: entonces se oyó un grito en la parte exterior, seguido de las alegres exclamaciones de los héroes. El gran Quirón se levantó jovialmente, y los cascos de sus patas resonaron fuertemente en la caverna, mientras los muchachos exclamaban:

—¡Salid, padre Quirón y veréis lo que traemos.

Uno gritaba:—¡He matado a dos gamos!
Otro:—¡He cazado vivo un gato montés entre las rocas!—Y otro:—¡Traigo, arrastrándola por los cuernos, una cabra salvaje!—Finalmente, otro llevaba un oseño debajo de cada brazo.

Quirón dedicaba a cada uno las alabanzas que merecía su hazaña.

Luego los jóvenes trajeron leña y encendieron un alegre fuego. Otros despellejaron y descuartizaron un gamo y se dispusieron a asarlo.

Mientras tanto, se bañaron todos en el torrente lleno de nieve para quitarse el polvo.

Luego se pusieron a comer, y comieron hasta que ya no pudieron tragar bocado, porque no lo habían probado desde la aurora, rociando su comida con agua cristalina, porque el vino es cosa mala para los jóvenes .

En cuanto hubieron guardado los restos de la comida se echaron sobre unas pieles alrededor del fuego, y empuñando por turno la lira, cantaron canciones llenas de poesía.

Acabado este entretenimiento, fueron a la entrada de la caverna, cuyo suelo estaba cubierto de espeso y blando musgo, y una vez allí se pusieron a luchar, a correr, a jugar y a reír, hasta que, con el estrépito, algunas piedras que estaban en equilibrio cayeron impulsadas por la vibración del aire.

Entonces Quirón tomó su arpa y los jóvenes, dándose las manos formando círculo, bailaron a los acordes de las canciones del anciano Cen-

tauro. Continuaron el baile hasta que la noche invadió la tierra y el mar. El hijo de Asón les acompañó en la danza, bailó con ellos, encantado y lleno de alegría; luego cayó rendido de sueño sobre un montón de aromáticas hojas, ramas de mirto y flores de tomillo.

Al rayar la aurora se levantó y se bañó en el torrente, participando desde entonces de la vida de los hijos de los héroes, en cuya compañía olvidó a Colcos, a su padre y toda su vida pasada.

Pero, gracias a la excelente educación que le daba el anciano Quirón y a que respiraba los puros aires del monte Pelión, creció fuerte, valiente y astuto.

Aprendió a luchar, a cazar y a cantar acompañándose con el arpa. También se convirtió en un excelente jinete, porque Quirón le montaba muchas veces en su grupa. Asimismo aprendió a conocer las virtudes de muchas hierbas y la manera de curar las heridas. Quirón le dió el nombre de Jasón, que conservó toda su vida.

CAPÍTULO II

JASÓN PIERDE SU SANDALIA

Transcurrieron diez años. Jasón creció y se convirtió en un hombre en extremo vigoroso. Un día, en la montaña, estaba mirando a los cuatro puntos cardinales. Quirón, que se hallaba a su lado, le observaba, porque sabía que había llegado la ocasión de que emprendiera su marcha por el mundo.

Cuando Jasón miró hacia el Sur vió una extensión de tierra muy agradable, llena de poblaciones de blancas casas, con multitud de granjas que bordeaban la costa de la bahía, de cuyas chimeneas salían azuladas humaredas que se elevaban entre los árboles. Jasón recordó entonces aquel país, que no era otro que Colcos y, suspirando, preguntó :

—¿Es cierto que, según me dicen los héroes, yo soy el heredero de esa hermosa tierra?

—¿Y qué harías, Jasón, si, en realidad, fueras tal heredero?

—La conquistaría y gobernaría en ella.

—Un hombre muy fuerte la ha conquistado y la gobierna desde hace mucho tiempo. ¿Eres tú más fuerte que tu tío, Pelias el Terrible?

—No tengo reparo en probar con él mis fuerzas—repuso Jasón.

—Es menester que pases por muchos peligros antes de que puedas gobernar en Colcos—dijo Quirón suspirando—, por muchas miserias y por muchos extraños lances, en tierras que ningún hombre ha visto todavía.

—¡Cuán feliz soy!—exclamó Jasón— ¡Veré lo que nadie ha visto antes!

—¿Quieres ir a Colcos?—preguntó Quirón.

Y al ver el signo afirmativo que hizo su discípulo, prosiguió:

—Pues es necesario que me prometas dos cosas antes de marchar. Habla con bondad a todas las personas que halles en tu camino y sostén las palabras que hayas pronunciado.

Jasón prometió que así lo haría, y después de despedirse de Quirón bajó por la montaña, para ir en busca de la fortuna como cualquier simple mortal.

Atravesó las espesuras y los matorrales hasta que llegó a la cerca de un viñedo, cerca del

cual habían muchos olivos. Entre éstos corría el río, muy caudaloso a causa de la estación.

A la orilla estaba sentada una pobre mujer, con la cara llena de arrugas y el cabello blanco como la nieve. Era una vieja, que ni fuerza tenía para mantener su cabeza derecha y las manos le temblaban sobre las rodillas.

Cuando vió a Jasón, le dijo con tono plañidero :

—¿Queréis transportarme a través del río?

Pero Jasón, sin hacerle caso, se dirigió a la corriente. Antes de echarse se puso a meditarlo, porque el río estaba imponente con la gran cantidad de aguas que, desde las montañas, habían afluído a él.

La vieja dijo otra vez :

—Soy débil y vieja, hermoso joven. ¡En nombre de Juno, la Reina de los Inmortales, llevadme a través del torrente !

Jasón estaba a punto de contestarle con aspereza, cuando se acordó de las palabras de Quirón : «Habla con bondad a todas las personas que halles en tu camino».

—En nombre de Juno, la Reina de los Inmortales—dijo—os llevaré a través del torrente, a

menos que los dos nos ahoguemos en mitad del camino.

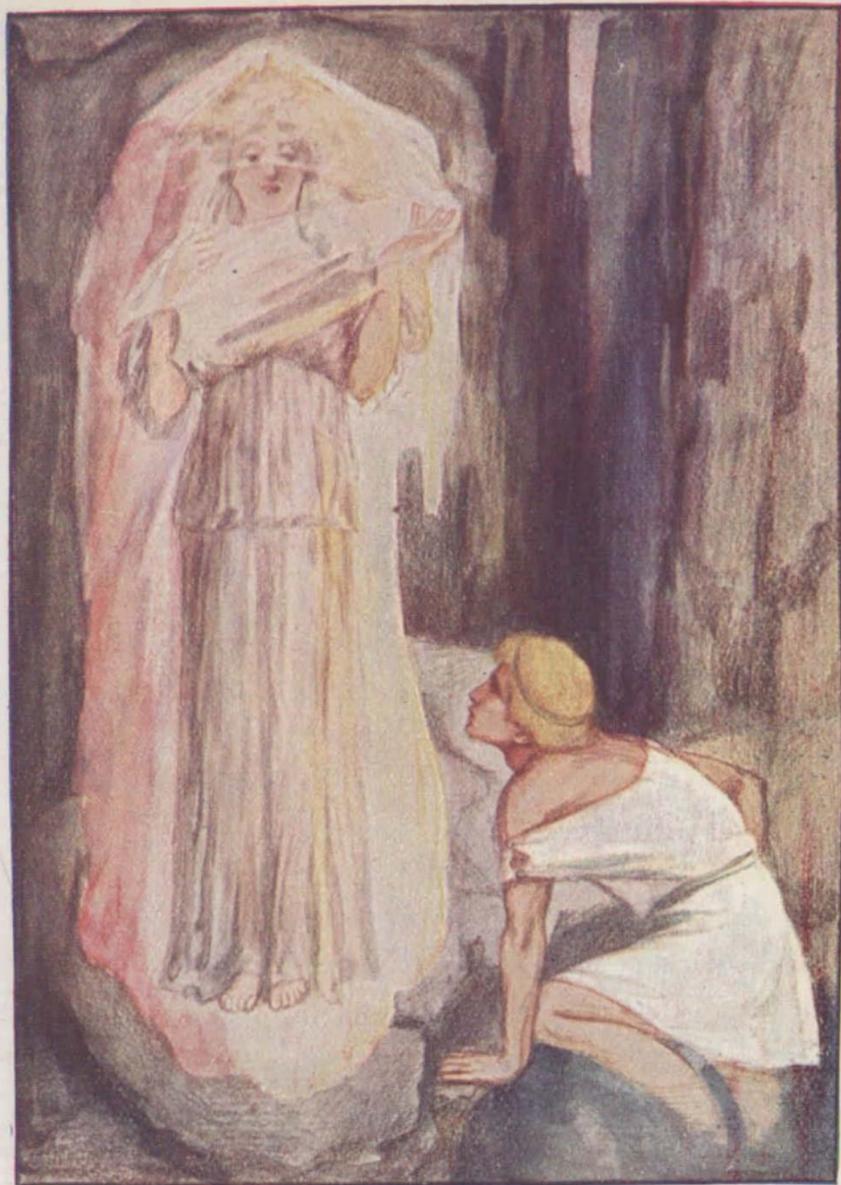
Entonces la vieja saltó sobre los hombros del joven con la misma ligereza con que lo hubiera hecho una cabra. Jasón se quedó atónito, pero emprendió el camino. Al primer paso que dió en el agua se hundió hasta las rodillas y al segundo el líquido elemento le llegó a la cintura. Las piedras rodaban bajo sus pies, que a veces resbalaban en el lecho del río. Así proseguía el paso del torrente, vacilando, muchas veces a punto de caer, mientras que la vieja gritaba sobre su espalda :

—¡Loco ! ¡ me has hecho mojar el manto !
¿Quieres burlarte de una pobre vieja como yo ?

Jasón sintió ganas de echarla a la corriente para que saliera de allí con sus propias fuerzas, pero todavía recordaba las palabras de Quirón, y se contentó con responder :

—Paciencia, buena mujer ; el mejor caballo puede una vez tropear.

Por fin llegaron a la otra orilla y Jasón sentó en el suelo a la vieja, mientras él se puso a descansar para recobrar alientos. Luego se preparó para proseguir su camino, pero antes de hacerlo miró a la vieja, pensando :



— Soy Juno, la Reina del Olimpo

—Podía darme las gracias.

Y al volver los ojos hacía ella vió que se convertía en una mujer hermosísima y más alta que cualquier hombre de la tierra.

Sus vestidos brillaban como el mar de estío y las joyas que llevaba despedían tanto brillo como las estrellas del cielo. Miraba al joven muy cariñosamente con sus grandes ojos, dulces e imponentes a la par y que llenaban de luz todo el valle.

Jasón cayó a sus pies con la cara entre las manos.

Soy Juno, la Reina del Olimpo—dijo la diosa—. Ya que conmigo te has portado tan bien, observaré contigo la misma conducta. Llámame en las horas de necesidad, y verás cómo los Inmortales recuerdan los favores recibidos.

Cuando Jasón levantó la vista, la diosa, elevándose sobre el suelo, empezó a ascender en el aire, pasando por encima de las montañas, en dirección a la santa colina del Olimpo, la mansión de los Inmortales.

Entonces un gran miedo sobrecogió el corazón de Jasón, quien al cabo de un instante se tranquilizó, y, bendiciendo al anciano Quirón, dijo :

—Seguramente el Centauro es un profeta y ya sabía lo que me había de ocurrir al hacerme prometer que hablaría con bondad a todos los que hallara en mi camino.

Prosiguió su viaje hacia Colcos, y mientras andaba vió que había perdido una sandalia al atravesar el río.

Cuando pasaba por las calles de la ciudad la gente se volvía a mirarle, pues era muy alto, fornido y buen mozo. Algunos viejos se pusieron a hablar en voz baja entre sí, hasta que, por fin, uno de ellos detuvo a Jasón, diciéndole :

—Oid, buen mozo : ¿quién sois? ¿de dónde venís? ¿Qué tenéis que hacer en la ciudad?

—Me llamo Jasón, buen hombre. Vengo de lo alto de la montaña Pelió y voy a ver a Pelias, vuestro rey. Decidme, si os place, dónde está su palacio.

—Os lo diré de buena gana, porque tal vez, ignorante de todo, correríais si no a vuestra ruina. El oráculo ha dicho que un hombre que entre en la ciudad llevando tan sólo una sandalia arrebatará la corona a Pelias y se la ceñirá él mismo. Sin embargo, id con cuidado al palacio del rey, porque es muy cruel y astuto,

Jasón se echó a reir orgullosamente.

—Buenas noticias, buen hombre, para vos y para mí, porque realmente, con el fin de apoderarme del reino he venido a la ciudad.

Entonces echó a andar en dirección al palacio de su tío Pelias, mientras todo el pueblo mirábale extrañado. En cuanto se halló a la puerta gritó :

—¡ Sal, Pelias ! ¡ sal, Pelias el Valiente y prepárate a combatir por tu reino como un hombre !

Pelias oyó el extraño desafío y salió asombrado.

—¿ Quién eres, atrevido joven ?—preguntó.

—Soy Jasón, el hijo de Asón y heredero del reino.

Al oír estas palabras, Pelias alzó los ojos y los brazos y se echó a llorar o fingió que lo hacía, bendiciendo a los dioses que le habían devuelto a su sobrino para que en adelante viviera en su compañía.

—Tengo tres hijas—dijo—, mas ningún heredero y podrás casarte con la que elijas. Pero entra, entra, que festejaremos tu llegada.

Le hizo entrar y le habló tan cariñosamen-

te y le obsequió tanto, que toda la cólera que Jasón sentía al llegar se desvaneció.

Cuando terminaron la cena entraron las tres primas de Jasón y éste, al verlas, pensó que gustoso se casaría con cualquiera de ellas.

Jasón miró entonces a su tío y vió que estaba llorando.

—Por qué estáis tan triste, tío?—le preguntó.

Pelias rompió a suspirar profundamente, como si tuviera alguna terrible historia que contar y no se atreviera a empezarla.

Se resolvió por fin, y dijo :

—Durante siete años y tal vez más no he sabido lo que es pasar una noche tranquila, y mi sucesor tampoco conseguirá descansar en paz si no se trae a este país el Vellochino de Oro.

Seguidamente le relató la historia de Frisos y el Vellochino de Oro, y le dijo además una mentira, esto es, que el espíritu de Frisos le atormentaba día y noche. Sus hijas, que le escuchaban, confirmaron esta historia y exclamaron llorando :

—¡ Oh ! ¡ quién podrá traer el Vellochino de Oro a Colcos para que el espíritu de Frisos

pueda descansar y nosotras dormir siempre en paz !

Jasón escuchaba en silencio y algo entristecido, porque ya había oído hablar del Vellochino de Oro. Pero siempre consideró que ir conquistarle era empresa irrealizable e imposible para cualquier mortal.

Cuando Pelias vió que permanecía silencioso, empezó a hablar de otras cosas.

—Necesitaría tu consejo sobre un punto— dijo—, porque, aun cuando eres joven, veo que tienes más juicio del que puede esperarse de tus años. Hay uno de mis vecinos al que temo más que a cualquiera otro hombre de la tierra. Sin embargo, soy más fuerte que él y puedo mandarle, pero comprendo que, si permanece entre nosotros, acabará por causar mi ruína. ¿Puedes darme un plan, Jasón, para liberarme de este hombre?

—Si yo estuviera en vuestro lugar—repuso Jasón sonriendo—, le mandaría a conquistar el Vellochino de Oro de que hablábamos hace poco, con la certeza de que, si iba, nunca más volvería a oír hablar de él.

Una sonrisa se dibujó entonces en los labios de Pelias y un fulgor de insana alegría brilló

en sus ojos. Jasón se dió cuenta de estos movimientos de contento y se echó a temblar recordando el aviso del anciano que en la calle le diera cuenta de la predicción del oráculo, y vió que, como había temido, estaba cogido en una trampa.

Pero Pelias se limitó a decir muy amablemente :

—Hijo mío, será necesario que este hombre marche inmediatamente.

—¿Os referís a mí—gritó Jasón, levantándose—, porque he venido tan sólo con una sandalia?

Y encolerizado levantó su pie.

Pelias le miraba furioso como un lobo pronto a arrojarle sobre su presa. Decir cuál de los dos estaba más irritado hubiera sido cosa difícil.

Al cabo de un momento Pelias recobró la calma y dijo con zalamero tono :

—¿Por qué te irritas de esa manera, hijo mío? No creo haberte ofendido. Tú estás dispuesto a ir con alegría a la conquista del Vello cino, porque tienes corazón de héroe y deseas conquistar la gloria.

Jasón vió que estaba cogido, pero, sin mostrar disgusto, exclamó :

—Habéis hablado muy bien, astuto tío ; deseo la gloria. Iré, pues, a la conquista del Vello-cino de Oro, pero, en cambio de mi intento, prometedme una cosa y cumplid vuestra palabra como yo cumpliré la mía. Tratad a mi padre con bondad mientras dure mi ausencia, y os pido en nombre de Zeus que lo hagáis. Además, a mi regreso, cuando traiga el Vello-cino de Oro, me restituiréis el reino.

Pelias le miró, y al verle tan valiente casi olvidó su odio y sintió nacer su simpatía hacia el joven.

—Lo prometo y lo cumpliré—dijo—. No será vergonzoso dar mi reino al hombre que conquistó ese vellón.

Después de esta conversación se separaron y fueron a acostarse, pero Jasón no pudo dormir pensando en los medios de que se valdría para llevar a cabo la difícil conquista del Vello-cino. Algunas veces se imaginaba que el espíritu de Frisos se presentaba ante él y le llamaba con voz tan débil que parecía proceder de lejos y atravesar el mar. También le pareció ver los hermosos ojos de Juno y oír de nuevo sus palabras : «Llá-mame en los momentos de necesidad, y ya ve-

rás cómo los Inmortales recuerdan los favores recibidos.»

A la mañana siguiente, Jasón fué a donde estaba su tío y le dijo :

—Dadme una oveja para sacrificarla a Juno.

Y al hallar ante el altar de la diosa le vino una idea, y para ponerla en práctica dijo a su tío Pelias :

—Si tenéis prisa en que emprenda la marcha, dadme dos heraldos para mandarlos a visitar a todos los príncipes que eran conmigo pupilos del centauro Quirón. De esta manera, todos juntos fletaremos un buque y venceremos los peligros que se presenten.

Pelias alabó su propósito y se apresuró a cumplir los deseos del joven, porque pensó que si todos los príncipes iban con Jasón y, como éste, cosa casi segura, no volvían, Pelias llegaría a ser rey más poderoso de Hellas.

CAPITULO III

CONSTRUCCIÓN DEL BUQUE ARGOS

Los heraldos, cumpliendo la misión que se les confiara, visitaron a todos los príncipes compañeros de Jasón y les dijeron :

—¿Quién se atreverá a correr las aventuras de la conquista del Vellochino de Oro?

Juno animó los corazones de todos ellos, y sin vacilar abandonaron sus tierras para marchar hacia las amarillas arenas de Colcos. Toda la ciudad fué a recibirles y los hombres no se cansaban de contemplar su varonil apostura y el brillo de sus armas.

Pero las mujeres, al verles, suspiraban, murmurando :

—¡Pobrecitos, van a buscar su muerte !

Los héroes derribaron muchos pinos de la montaña y los labraron groseramente con el hacha. Luego, Argos, el famoso constructor de navíos, les enseñó el modo de construir una galera, la primera de su tamaño que debía cruzar los mares. La llamaron Argos, en memoria de su constructor, y trabajaron en ella todo el día.

Jasón emprendió el viaje a un apartado país hasta que halló a Orfeo, el príncipe de los músicos, en cuya compañía viviera en otra época, y le preguntó :

—¿Quieres dejar tus montañas, Orfeo, compañero mío de juegos en los pasados tiempos, y embarcarte juntamente con los héroes, para

conquistar el Vellochino de Oro? ¿Quieres ser el encargado de encantar, en beneficio nuestro, a los hombres y monstruos, con tu arpa y canto mágicos?

—¿No he sufrido ya bastantes fatigas y no he hecho aún bastantes viajes desde que vivía con Quirón el centauro—contestó Orfeo suspirando—, que ahora he de salir nuevamente de mi país para ir al extremo de la tierra, lejos, muy lejos, hasta llegar a la sombría obscuridad? Pero la petición de un amigo debe ser atendida.

Orfeo se levantó, pues, suspirando y tomó su arpa. Condujo a Jasón a un lugar del bosque en que había una encina sagrada y rogó a su amigo que cortara una rama y que la sacrificara a Juno. Así lo hizo Jasón, y regresando con Orfeo a Colcos la clavó en la proa de la embarcación.

Por fin se terminó su construcción y trataron de botarla al agua, pero era sobrado pesada para conseguirlo a fuerza de brazos, y además la nave se había hundido profundamente en la arena.

Entonces los héroes se miraron entre sí algo avergonzados, pero de pronto Jasón dijo:

—Voy a preguntar a la rama mágica; tal vez podrá ayudarnos en nuestro apuro.

Como si lo hubiera adivinado, la rama hizo oír una voz, y Jasón entendió las palabras que decía. Entonces ordenó a Orfeo que tocara el arpa, mientras los héroes hacían corro alrededor preparados con rodillos de madera para ayudar a la nave a deslizarse.

Orfeo obedeció y tomando su arpa empezó a tocar una de sus mágicas canciones. El buen bajel Argos la oyó y parecía desear hallarse en el mar, porque todos los tablones que lo formaban se estremecieron, cabeceó de proa a popa y se deslizó sobre los rodillos avanzando con la gracia de un noble caballo hasta que flotó en el inquieto mar.

Los héroes lo abastecieron de alimentos y de agua potable, y todos se sentaron al lado de su remo correspondiente y se pusieron a manejarlo al compás marcado por el arpa de Orfeo.

Entonces, atravesando la bahía, remaron hacia el Sur, mientras el pueblo, encaramado en las rocas de la costa, observaba su partida. Las mujeres lloraban conmovidas, pero los hombres gritaban entusiasmados, despidiendo a la gallarda tripulación.

CAPÍTULO IV

LOS ARGONAUTAS CONQUISTAN EL VELLOCINO
DE ORO

Como ya se ha dicho, los héroes avanzaron a fuerza de remo mientras esperaban la oportunidad de un viento favorable del sudoeste, y una vez en alta mar decidieron nombrar un capitán entre ellos. Algunos pretendían que se debía elegir el más fuerte y más alto, pero casi todos votaron a favor de Jasón, que era el más sabio y astuto.

Por lo tanto Jasón fué capitán y cada uno de los héroes le juró fidelidad durante toda la expedición.

Siguieron avanzando hacia el Norte en dirección al monte Pelión; sus corazones se sentían inundados de alegría a la vista de la querida montaña y al pensar en los días pasados en ella, en los juegos de su juventud, en sus cacerías, en sus lecciones y en las agradables horas pasadas en la caverna en compañía del anciano y

sabio Quirón. Por fin, contemplando el objeto de sus recuerdos, decidieron ir hacia tierra y subir una vez más por la querida montaña, pues iban a emprender una peligrosa aventura y no sabían si les sería dado volver a verla.

—Vamos a visitar también a nuestro buen maestro Quirón y a pedirle su bendición antes de partir—dijeron.

El timonel maniobró, conduciendo la nave hacia la montaña, y desembarcaron todos. Subiendo luego por entre el oscuro bosque de pinos, se encaminaron a la cueva en que habitaba Quirón.

En cuanto les vió el Centauro, se levantó precipitadamente y les dió su más cordial bienvenida; luego les ofreció una magnífica cena. Después de ésta, los héroes rogaron a Orfeo que cantara, pero él se negó a ello, diciendo:

—¿Cómo puedo atreverme a cantar yo, que soy el más joven, ante nuestro antiguo maestro?

Todos comprendieron la razón de esa respuesta y rogaron a Quirón que entonara una de sus hermosas canciones. El Centauro se apresó a hacerlo de buena gana y cantó una que trataba de héroes que combatían con los puños y con los dientes, arrancando en su furia los

pinos de cuajo, y que lanzaban enormes rocas a gran distancia, mientras las montañas se estremecían con el ruido de la batalla y la tierra se veía devastada por la furia del combate.

Los héroes celebraron mucho su canción, porque algunos de ellos habían tomado parte en la acción cantada por el Centauro.

Entonces Orfeo tomó la lira y cantó la maravillosa creación del mundo. Su voz salía de la caverna, elevándose por encima de las rocas y por sobre las copas de los árboles. Estos inclinaban sus copas para oírle mejor; las fieras del bosque se acercaban a la caverna con igual propósito, y los pajarillos abandonaban sus nidos yendo a revolotear por las cercanías de la caverna. El anciano Quirón aplaudió entusiasmado aquel maravilloso canto.

Los héroes se despidieron entonces de su maestro y se prepararon a bajar la montaña para regresar a la nave. Quirón los acompañó y llorando les besó a todos, augurándoles que alcanzarían una gran gloria.

Todos los héroes, al dejarle, sintieron correr las lágrimas por sus mejillas porque el Centauro era bueno y justo y más sabio que todos los hombres y animales.

Quirón subió a una alta roca y allí oró por ellos para que pudieran regresar sanos y salvos. Entretanto los héroes remaban, alejándose sin dejar de mirar al buen Centauro sobre la roca, en la que estaba inmóvil, con sus grandes manos levantadas al cielo y los blancos mechones de sus cabellos flotando a impulso del viento. Por fin los héroes desistieron de seguir mirando en aquella dirección, comprendiendo que no les sería ya posible distinguirlo.

Siguieron remando hacia el Este, hasta que se hallaron de nuevo en el que hoy se llama Mar Negro.

Todos le temían a causa de sus escollos, sus nieblas y sus tormentas. Los héroes estaban intranquilos al entrar en aquel mar traidor y al ver que el agua se extendía por todas partes, sin una playa en lo que alcanzaba la vista.

Orfeo entonces avisó a sus compañeros que tuvieran cuidado con las movedizas rocas de las islas Simplágades.

Pronto las vieron ; sus azules picos brillaban como agujas, cual si fueran los remates de enormes castillos de azulado cristal. Entretanto, un viento glacial heló hasta los corazones de los jóvenes héroes.

A medida que se iban aproximando, oían el ruido que hacían las enormes rocas al moverse en el agua a impulso de las olas, crujiendo con fragoroso estrépito, como si fueran a desplomarse. El estruendo que producían les impedía oírse uno a otro.

Al contemplar aquel maravilloso, a la par que terrible espectáculo, los héroes sintieron que su valor disminuía, y asustados dejaron sus remos a un lado ; pero Orfeo, conservando su presencia de ánimo, dijo al timonel :

—Hemos de pasar por entre las azuladas rocas ; acecha, pues, la ocasión de que se presente un paso y ten confianza, porque Juno está con nosotros.

El inteligente timonel permaneció callado y con los dientes apretados, hasta que distinguió una garza real que desde el mástil de la nave echaba a volar en dirección a las rocas, ante las cuales revoloteó un instante como si buscara un paso para atravesarlas. Entonces el timonel gritó :

—¡ Juno nos ha mandado un piloto ; sigamos al ave !

La garza real estuvo buscando aún durante algunos momentos, hasta que por último des-

cubrió un paso oculto, por el que se lanzó como una flecha, mientras que los héroes esperaban para ver lo que resultaría de todo aquello.

Las dos rocas por entre las cuales pasó el ave, chocaron una con otra, a impulsos del oleaje, pero ellas sólo consiguieron coger una pluma de la cola de la garza, y por efecto del choque se separaron de nuevo. Entonces el timonel, viendo que se presentaba la ocasión favorable, lo indicó a los héroes, que, llenos de ardimiento, empuñaron los remos, y a su impulso voló la nave, acercándose rápida al peligroso paso que le ofrecían las dos enormes rocas; y antes de que pudieran chocar de nuevo habían pasado y se hallaban en el mar libre.

A partir de entonces, navegaron siguiendo su camino de una manera monótona; pasaron ante muchas embocaduras de ríos y por muchos sitios habitados por tribus bárbaras, hasta que un día, mirando hacia el Este, divisaron algunos árboles y por encima de sus copas los tejados de oro del palacio del rey Aetes, el hijo del Sol.

Al verlo el timonel dijo:

—Por fin hemos llegado al término de nuestro viaje, pues desde aquí se divisa la ciudad

de Aa, el palacio del rey Aetes y los bosques en que crecen toda clase de plantas venenosas. Pero, ¿quién podrá decirnos dónde se halla el Vellochino de Oro?

Jasón no se desanimó por esta dificultad, porque su corazón era valeroso y tenía confianza en sí mismo: así que dijo:

—Iré yo solo a visitar al rey Aetes y trataré de conquistarle con buenas palabras. Esto es mejor que ir todos juntos, pues entonces sólo conseguiríamos empezar a pelearnos en seguida.

Los héroes no se dejaron convencer por sus palabras, y empezaron a avanzar hacia tierra.

Aetes, el hijo del Sol, tuvo, entretanto, un sueño que le llenó de espanto. Al despertar ordenó a sus criados que le prepararan su carro de oro para ir a la orilla del río a apaciguar a las ninfas y a los espíritus de los héroes que en él moraban.

Y montado en su carro de oro fué a la orilla del río Taso, acompañado por sus hijas, Medea, la hermosa maga, y Calcripe, que había sido la esposa de Frisos, y, en su seguimiento, una multitud de sirvientes y soldados, porque era un rico y poderoso príncipe.

Cuando llegó a la orilla cubierta de cañaverales, vió que la nave Argos subía la corriente tripulada por muchos héroes parecidos a Inmortales, a juzgar por la belleza de sus rostros y por la fuerza que se adivinaba en sus bien formados cuerpos. Jasón era, de todos, el que más noble apostura tenía, porque Juno, que le amaba, le daba fuerza y varonil apariencia.

Cuando estuvieron ya más cerca y pudieron contemplarse unos a otros con entera comodidad, los héroes se sintieron poseídos de respeto a la vista de Aetes en su carro de oro, brillante como el de su glorioso padre el Sol. Las vestiduras del Rey eran de rico tejido de oro y los rayos de su diadema parecían de fuego. En su mano empuñaba un riquísimo cetro que brillaba como las estrellas.

Aetes miró severamente a los héroes, y con igual tono les dirigió la palabra.

—¿Quiénes sois y qué buscáis en este país, puesto que a él venís? Sabed que os halláis en mi reino y que el pueblo que me sirve nunca se cansa de guerrear, y ha aprendido, además, a hacer frente al enemigo.

Los héroes guardaban silencio al contemplar el majestuoso semblante del anciano Rey. Pero

Juno, la augusta diosa, reanimó el corazón de Jasón, que contestó con fuerte voz.

—No somos hombres sin fe ni ley. Venimos, no a hacer esclavo a vuestro pueblo, sino en busca del Vello de Oro, para llevarlo a nuestra patria. Además, mis valientes compañeros no carecen de nombres famosos, pues algunos son hijos de Inmortales y todos héroes de gran renombre. Tampoco nosotros nos cansamos nunca de guerrear y asimismo conocemos el modo de atacar y de defendernos. Deseamos ser huéspedes en vuestra mesa, y si así nos aceptáis todos saldremos beneficiados.

Al oír este lenguaje, la cólera de Aetes se desató como un viento huracanado, y los rayos de sus ojos anunciaban la tempestad que se estaba fraguando en su interior; pero ocultó su ira lo mejor que supo y dijo amablemente:

—Si queréis combatir, morirán muchos hombres; pero, si seguís mi consejo, elegid al mejor de entre todos vosotros para que lleve a cabo las empresas que yo le encomiende. Luego, por premio, le daré el Vello de Oro, lo que constituirá una gloria para todos vosotros.

Después de dichas estas palabras, arreó a sus caballos y regresó en silencio a la ciudad.

Los héroes se sentaron cariacontecidos, porque no eran grano de anís los millares de hombres del rey Aetes, y tampoco era agradable confiar el éxito de la expedición a los azares de la guerra.

Calcripe, la viuda de Frisos, regresó llorando a la ciudad, recordando a su esposo y todos los placeres de su juventud, recuerdos resucitados al contemplar los hermosos semblantes y los dorados cabellos de los jóvenes héroes. Entonces murmuró al oído de su hermana Medea :

—¿No se podría evitar la muerte de todos esos valientes jóvenes? ¿Por qué mi padre no querrá darles el Vellocino de Oro, dejando, de este modo, que el espíritu de mi esposo repose en paz?

El corazón de Medea sentía piedad por los héroes, sobre todo por Jasón, y contestó :

—Nuestro padre es severo y terrible, y ¿quién se atreverá a conquistar el Vellocino de Oro?

—Estos hombres no son como los que estamos habituadas a ver—dijo Calcripe ;—no hay nada que ellos no se atrevan a intentar.

Medea, recordando la noble apostura de Jasón, dijo :

—Si entre ellos hubiera alguno que no cono-

ciera el miedo, yo le enseñaría la manera de conquistar el Vellocino de Oro.

Al atardecer fueron las dos a la orilla del río, acompañadas por un paje, que atravesó el cañaveral y avanzó hasta hallarse al lado de Jasón, quien montaba la guardia apoyándose muy pensativo en su lanza.

—Calcripe os espera para hablar del Vellocino de Oro—dijo el paje.

Al oirlo, Jasón marchó atrevidamente en compañía del muchacho y halló a las dos princesas. Cuando le vió Calcripe se echó a llorar y le cogió las manos, diciendo :

—¡ Oh primo de mi muy amado Frisos, marchaos y no queráis morir aquí !

—Sería indigno volver ahora, hermosa princesa, y una lástima haber corrido en vano tantos peligros.

Las dos princesas le suplicaron entonces que desistiera de su propósito, pero Jasón les contestó :

—¡ Es demasiado tarde para abandonar nuestra empresa !

—¡ Pero vos no sabéis lo que es necesario hacer para conquistar el Vellocino de Oro !—dijo Medea—.El que lo intente ha de domar a

los dos toros que tienen las pezuñas de cobre y respiran llamaradas de fuego devorador y con ellos ha de arar, en un día, cuatro acres de tierra en el campo consagrado a Marte. Una vez arado, lo ha de sembrar con dientes del dragón de Cadmos; de cada diente saldrá un hombre completamente armado, y todos juntos le atacarán. Sin embargo, de poco provecho le servirá el vencerles, en caso de que lo haga, porque el Vellochino está guardado por una serpiente enorme, por encima de cuyo cuerpo ha de pasar para llegar al sitio en que está colgado.

Jasón, al oír esto, se hechó a reír con amargura :

—Injustamente está en este país el Vellochino de Oro en poder de un rey no más justo, y con la misma injusticia moriré en la flor de mi juventud, porque quiero hacer todo esto, o por lo menos intentarlo, antes de que se ponga otro sol en el horizonte.

Medea se echó a temblar al oír las palabras del héroe y dijo :

—Nadie puede llegar si yo no lo guío hasta donde se halla el Vellochino.

—No hay ninguna pared tan alta que por fin no sea posible escalarla—dijo Jasón—, ni bos-

que tan espeso que no se pueda atravesar. No existe serpiente que no pueda ser encantada, y yo conseguiré conquistar el Vellochino de Oro, si una hermosa joven ayuda a los hombres atrevidos.

Y miró a Medea con sus brillantes ojos. Ella repuso, temblorosa y llena de rubor :

—¿Quién es capaz de arrostrar el fuego que los toros despiden con su aliento y luego combatir con diez mil hombres armados?

—El que cuente con vuestra ayuda—dijo Jasón, lisonjeándola—, porque vuestra fama ha llenado toda la tierra.

—Tengo aquí un filtro que he hecho con la mágica flor del hielo—dijo la joven—. Untaos con él y así conseguiréis tener la fuerza de siete hombres ; haced lo mismo con vuestra coraza, y ni el fuego ni espada alguna podrá causaros el menor daño. Untad también vuestro casco antes de sembrar los dientes del dragón, y cuando surjan los hijos de la tierra echadlo entre ellos y todos perecerán.

Jasón cayó de rodillas ante la joven, le dió las gracias y le besó las manos. Ella le entregó el frasco con el filtro y huyó conmovida a través de los cañaverales.

Jasón fué a reunirse con sus compañeros, a quienes hizo un relato de lo que había sucedido y enseñó además el frasco con el filtro.

Al salir el sol, Jasón se bañó y luego se untó de pies a cabeza con el filtro que le había dado Medea, sin olvidarse de hacerlo con su coraza, su casco y sus armas. En cuanto el sol estuvo bastante alto en el horizonte, Jasón mandó a dos de sus héroes a Aetes, con el encargo de decirle que estaba preparado para la prueba.

Traspusieron los muros de mármol, e internándose en una sala de dorado techo, se hallaron en presencia del rey Aetes, quien, al verlos, palideció de rabia.

—Cumplid vuestra promesa, hijo del brillante Sol—dijéronle los héroes—. Dadnos los dientes del dragón de Cadmos y soltad a los dos fieros toros, porque entre los nuestros hemos nombrado a un campeón, que es capaz de conquistar el Vellofino de Oro.

Aetes estaba cada vez más encolerizado, porque se había figurado que los héroes habrían huído durante la noche en vista de las difíciles condiciones que les impusiera para la entrega del Vellofino de Oro; y no pudiendo eludir el cumplimiento de lo ofrecido, hizo entre-

ga de los dientes del dragón de Cadmos. Luego ordenó que engancharan sus caballos al carro de oro y envió a unos heraldos por toda la ciudad, para que el pueblo se congregara en el camino consagrado al dios Marte.

Aetes se sentó en su trono rodeado por todos sus guerreros, que iban vestidos de hierro de pies a cabeza y que ascendían a muchos cientos de millares. El pueblo lo llenaba todo ; las copas de los árboles, los muros cercanos y, en fin, todos los puntos en que podían estar de pie o encaramados, mientras que los héroes permanecían en medio del ejército, formando un pequeñísimo grupo.

Calcripe estaba allí, y también Medea, envuelta completamente en su velo ; pero Aetes no se percató de que ésta murmuraba conjuros mágicos.

Entonces gritó Jasón :

— ¡ Cumplid vuestra promesa y soltad los fieros toros !

Aetes ordenó que se abrieran las puertas y los toros mágicos hicieron su aparición. Sus pezuñas de cobre resonaban fuertemente en el suelo cuando rompieron a correr con la cabeza baja en dirección a Jasón, pero éste no dió ni un

paso atrás. Las llamaradas que salían de la boca de las fieras le envolvieron completamente, mas no quemaron ni un solo cabello de su cabeza. Los toros se detuvieron por fin, temblando bajo la influencia de los conjuros de Medea.

Entonces Jasón saltó sobre el más cercano, y agarrándole por los cuernos le hizo perder el equilibrio hasta que el toro cayó arrodillado. El furor del bruto se desvaneció instantáneamente a causa de la mirada fija de la joven maga y de los conjuros que pronunciaba a media voz.

De esta manera fueron domados los dos toros mágicos y uncidos al arado. Jasón, con el extremo de su lanza, fué aguijoneándolos, hasta que hubieron arado el campo sagrado. Los héroes profirieron gritos de triunfo al ver el que su jefe y compañero había logrado, pero Aetes, encolerizado, los mandó callar, porque Jasón sólo había cumplido la mitad de su tarea.

Entonces el joven héroe tomó los dientes de dragón, los sembró y esperó los acontecimientos.

Medea le miró y con los ojos le indicaba el casco, de manera que, si Jasón hubiera olvidado

la lección, la mímica de la joven se la hubiera recordado.

De pronto, todos los surcos se hincharon y de cada partícula de tierra salió un hombre. Surgieron a millares y todos iban cubiertos de hierro de pies a cabeza, empuñando sus espadas, que, en el acto, dirigieron contra Jasón, quien se hallaba solo en medio de todos ellos.

Los héroes palidieron al ver el serio peligro que corría su amigo, y Aetes soltó una carcajada de alegría.

Entonces Jasón se quitó el casco con rápido movimiento y lo arrojó entre sus enemigos. En el acto, las sospechas y el odio germinaron entre ellos y unos gritaban a sus compañeros:— «Me has dado un empujón»—y otros:—«Tú eres Jasón y vas a morir»; y volviendo su arma contra los restantes, se pusieron a combatir con encarnizamiento hasta que se aniquilaron mutuamente.

Luego los mágicos surcos de la tierra se abrieron de nuevo, tragándose los despojos de los guerreros, y el trabajo de Jasón terminó.

Los héroes, entusiasmados, se pusieron a gritar vitoreando a su compañero, y Jasón dijo al Rey:

—¡ Permitted que vaya ahora mismo, antes que se ponga el sol, a buscar el Vellochino de Oro !

Pero Aetes pensó :

—¿ Quién será este hombre que está a prueba de magias ? ¡ Es capaz de matar también a la serpiente !

En consecuencia aplazó el resto de la prueba para cuando hubiera podido tomar consejo de sus príncipes. Luego dió orden a un heraldo para que gritara :

—¡ Mañana recibiremos a esos héroes y hablaremos con ellos del Vellochino de Oro !

Luego se volvió hacia Medea :

—Esto es obra tuya, falsa maga—dijo—. Has prestado tu ayuda a esos extranjeros del caballo rubio.

Medea se echó a temblar y palideció intensamente ; Aetes, viendo que había acertado, añadió en voz baja :

—¡ Si se llevan el Vellochino de Oro, morirás !

Entretanto los héroes regresaban a su nave Argos, irritados al ver que les habían impedido conquistar su presa.

—¡ Vamos todos juntos al bosque sagrado y

apoderémonos por fuerza del Vellocino!—rogaron a Jasón.

Pero éste les hizo desistir de su intento, alabándolo, sin embargo, porque esperaba la ayuda de Medea.

Al cabo de breves momentos la joven se presentó temblorosa, y llorando amargamente dijo:

—Voy a morir, porque mi padre ha descubierto que os he ayudado.

—Si vos morís, no será sin que antes hayamos muerto todos—exclamaron los héroes a coro—, porque sin vos no podemos conquistar el Vellocino de Oro y sin él nos es imposible regresar a nuestra patria.

—No moriréis—dijo Jasón a la joven maga—. Venid con nosotros a nuestro país. Enseñadnos la manera de conquistar el Vellocino de Oro, y luego nos acompañaréis en nuestro viaje. Seréis mi reina y reinaréis sobre los ricos príncipes de Colcos.

Todos los héroes la rodearon, suplicándole que aceptase.

Medea ocultó la cara entre las manos.

—¿Es necesario abandonar a mi patria y a mi pueblo?—dijo sollozando—. Pero la suerte está echada. Voy a daros los medios para con-

quistar el Vellochino. Llevad vuestra nave a las cercanías del bosque consagrado a Marte y ancladla en la orilla. Luego, Jasón, a media noche, seguido de un valiente compañero, irá a encontrarme al pie del muro que lo circunda.

—¡ Yo le acompañaré !—exclamaron los héroes a porfía.

Pero Medea les calmó y dijo :

—Orfeo irá con él y llevará su arpa mágica.

El nombrado palmoteó de contento al ver que la elección había recaído en él.

A media noche, los dos héroes saltaron a tierra y hallaron a Medea que les condujo a una espesura contigua a la puerta del bosque sagrado.

Obedeciendo a un conjuro, la puerta se abrió de par en par y los tres, atravesando el umbral, se hallaron dentro el bosque, que estaba poblado de árboles y plantas venenosos. Pudieron orientarse en su camino gracias al brillo que despedía el Vellochino, que muy pronto vieron suspendido de un gran árbol que se hallaba en el centro de la espesura.

Jasón hubiera querido apoderarse en el acto del objeto de sus afanes, pero Medea le retuvo señalándole con el dedo la base del árbol, en la

cual descansaba una enorme serpiente, enroscada en varias de las ramas.

Cuando el reptil los divisó levantó la cabeza y se puso a mirarles con sus pequeños y brillantes ojos, sacando al mismo tiempo su partida lengua.

Pero Medea la llamó amablemente y la serpiente alargó su largo y moteado cuello y lamió la mano de la maga.

Esta hizo un signo a Orfeo, que empezó a entonar su mágica canción.

Durante ésta, el bosque entero guardó silencio, las hojas de los árboles permanecieron quietas colgando de sus ramas, la cabeza de la serpiente se inclinó al suelo, sus anillos se aflojaron, cerró los ojos, presa de una beatitud sin límites, y, en una palabra, se amansó como una indefensa criatura.

Jasón se encaramó por el cuerpo del reptil y descolgó del árbol el Vellocino de Oro. Entonces la maga, Orfeo y Jasón huyeron a toda prisa en dirección a la nave Argos, que los esperaba anclada en la orilla del río.

Durante algunos momentos reinó el silencio más absoluto. Luego, Jasón elevó el Vellocino



Extendió su largo y moteado cuello

de Oro, mostrándolo a sus compañeros, gritando :

—¡ Aprisa, buen Argos, rema con fuerza si quieres ver de nuevo el monte Pelión !

Y, como si obedeciera a su mandato, la embarcación se deslizó rápidamente sobre las aguas del río, impulsada por los remos, envueltos en trapos, que empuñaban los héroes. Rodeados de la más completa obscuridad continuaron navegando con rapidez, siguiendo la corriente, hasta que salieron al mar y oyeron el para ellos alegre ruido del oleaje.

Con la velocidad de una flecha entraron en el mar, y el Argos traspuso valientemente los arrecifes como caballo que salta un obstáculo ; por fin los héroes se detuvieron, jadeantes, apoyados en sus respectivos remos, mientras la nave iba perdiendo su velocidad en las aguas del mar.

Entonces Orfeo tomó su arpa y entonó una canción loando los heroicos hechos ; los héroes, al oirla, sintieron que su valor se reanimaba y empezaron de nuevo a remar con vigor, huyendo con dirección a las tineblas del Oeste.

CAPÍTULO V

REGRESO DE LOS ARGONAUTAS A SU PATRIA

Los héroes siguieron navegando con rapidez, pero Aetes equipó a su flota y se dispuso a perseguirles.

Entonces Medea, la maga, concibió un criminal proyecto, y poniéndolo en práctica mató a Absirtos, su hermano menor, que la acompañaba, y echó sus miembros descuartizados al mar, diciendo :

—Hasta que mi padre haya hallado todos los miembros de su cuerpo y les haya podido dar sepultura transcurrirá mucho tiempo, y nosotros podremos estar ya lejos.

Todos los héroes se horrorizaron, mirándose avergonzados uno a otro.

Cuando Aetes vió diseminados por el mar los miembros de su hijo los hizo recoger cuidadosamente y así que los tuvo en su poder, regresó a la ciudad.

De esta manera los héroes escaparon por algún tiempo ; mas Zeus había visto la criminal acción, y mandó una tempestad que desvió a la nave Argos de su camino. Por fin chocó contra

un arrecife y quedó encallada allí ; las olas empezaron a invadirla y los héroes perdieron toda esperanza de salvación.

Entonces la rama mágica que había en la proa de la nave habló y dijo :

—Por vuestro pecado os veréis obligados a navegar infructuosamente hasta que lleguéis a presencia de Circe, la hermana de Medea, que habita una de las islas del Oeste ; ella puede purificaros de vuestro delito.

No hay necesidad de relatar de qué manera salieron de su comprometida situación, ni tampoco cómo, después de muchas fatigas, llegaron a la vivienda de Circe ; mas el caso es que, por fin, arribaron a la hermosa isla del Oeste.

Jasón ordenó desembarcar, y cuando ya estaban en tierra vieron venir hacia ellos a Circe ; y temblaron al hallarse en su presencia, porque su cabello, cara y vestiduras brillaban como el fuego.

—¡ Ah miserable niña !—dijo Circe a Medea

— ¿ Has olvidado tu criminal acción cuando vienes a este lugar en que las flores nacen todo el año ? ¿ Dónde está tu anciano padre y el hermano a quien asesinaras ? No tengo inconveniente en daros alimento y vino, pero vuestra

nave no debe permanecer más en esta costa, porque está manchada con vuestro pecado.

Los héroes rogaron que no se mostrara inflexible y les purificara de su pecado, pero todo fué inútil.

—¡ Purificadnos de nuestra culpa! —exclamaban.

Pero ella les mandó marchar, diciéndoles :

—Id hacia el Este para purificaros, y luego regresad a vuestro país.

Sin prisa y descorazonados emprendieron de nuevo el viaje, hasta que, una hermosa tarde de verano, llegaron a una risueña isla, y en cuanto se aproximaron a ella oyeron dulces canciones

Medea se estremeció al oirlas, y dijo :

—¡ Cuidado, héroes, porque aquí están las rocas de las Sirenas ! ¡ Es necesario pasar por ahí, pero los que oigan su canto están perdidos !

—¡ Vamos a competir ellas y yo ! —exclamó Orfeo, el rey de los músicos.

Y tomando su arpa empezó una canción mágica.

A la sazón ya se veía a las Sirenas. Eran tres hermosas jóvenes que estaban sentadas en la orilla del mar, resguardadas por una roca que parecía de púrpura a los rayos del sol poniente.

Cantaban muy despacio y con suave voz ; los héroes, que las escuchaban a pesar suyo, soltaron los remos, inclinaron las cabezas cerrando los ojos, presa de agradable sopor, pareciéndoles que todos sus esfuerzos eran locura y no pensando ya más en la fama que esperaban alcanzar.

Al verlo, Medea, palmoteó exclamando :

—Gritad más, Orfeo, a ver si lográis cubrir con la vuestra, estas funestas voces.

—Orfeo cantó hasta que su voz sobrepujó en fuerza a las de las Sirenas, y los héroes, animados por el canto del rey de la música, cogieron de nuevo sus remos, gritando :

—¡ Queremos ser hombres y tendremos ánimos para sufrir hasta el fin !

A los acordes de la canción de Orfeo remaban enérgicamente, siguiendo el compás del canto de su compañero, hasta que por último las voces de las Sirenas murieron a su espalda, ahogadas por el ruido del oleaje.

Al ver que habían sido vencidas, gritando de rabia y envidia se arrojaron desesperadas al mar, en el que se convirtieron en rocas.

En su prisa por huir de las Sirenas los héroes se metieron a su vez imprudentemente en un

espantosa remolino, que, apoderándose de ellos hizo dar vueltas circulares a la nave, sin que, a pesar de su desesperada resistencia, les fuera posible salir de aquel abismo, que hubiera acabado por engullirles, hundiéndoles en las profundidades del mar. Pero, mientras luchaban con todas sus fuerzas para salir de tan peligroso lance, vieron a alguna distancia una gran roca, alisada por todos sus lados, sin una arista en que poder agarrarse, y en ella una abertura profunda que formaba una especie de caverna.

—De poco nos servirá para escapar de este remolino—exclamó Orfeo malhumorado—, porque en esta cueva habita una bruja marina y desde su vivienda pesca todo lo que pasa por sus inmediaciones y ninguna tripulación puede alabarse de haber escapado del peligro que supone el transitar por este lugar.

Afortunadamente para los Argonautas, salió entonces de las profundidades del mar Tetis, la novia de uno de los héroes. Se presentó rodeada de sus ninfas, que jugaban en el agua como blancos delfines, sumergiéndose en las olas ante el buque, siguiendo su estela y nadando a sus costados. Entre todas cogieron la nave, y la guiaron pasándosela de mano en mano y lan-



Sumergiéndose en las olas ante el barco

zándola a través de las olas, como si se tratara de una pelota.

Y cuando la bruja marina se dispuso a apoderarse de la embarcación, las ninfas la golpearon, haciéndola huir asustada al interior de su caverna. El buque franqueó, pues, el paso peligroso, y ententanto empezó a soplar una fresca brisa por su popa.

Entonces Tetis y sus ninfas regresaron a las submarinas cuevas de coral y sus jardines verdes, purpúreos y eternamente floridos.

Después los héroes siguieron adelante, con el corazón tranquilo, pero temiendo ya los futuros acontecimientos.

Siguieron remando durante muchos días, sin hallar tierra, hasta que se hallaron desprovistos de agua y de alimentos. Empezaban ya a temer el hambre y la sed, pero entonces, como si los dioses se hubieran compadecido de ellos, divisaron una hermosa isla en el horizonte.

—Desembarcaremos ahí—gritaron—y podremos hacer provisión de agua.

Pero, al acercarse a la isla, pudieron ver un terrible espectáculo. Sobre los acantilados de la costa se hallaba un gigante de bronce que, cuando vió al Argos y a su tripulación, se ade-

lantó hacia ellos, mucho más aprisa que cualquier ligero caballo, y les gritó :

—¡ Piratas ! ¡ Ladrones ! ¡ Si desembarcáis os mataré !

Los héroes, atemorizados, soltaron sus remos, y Medea al verlo exclamó :

—Ya conozco a este gigante. Si desembarcan extranjeros en su isla, se mete dentro de su horno, que llamea entre dos colinas, y en cuanto está enrojecido, se echa sobre sus víctimas, a las que abrasa oprimiéndolas contra su pecho. Mas sólo una vena de su cuerpo está llena de fuego líquido, y ésta se halla cerrada con un clavo. Iré a ver si lo descubro, y si consigo quitárselo podréis desembarcar y hacer tranquilamente la provisión de agua.

Entonces llevaron a tierra a Medea y la dejaron sola en la orilla. La joven estaba más hermosa que nunca. Al cabo de pocos instantes regresó el gigante, con todo su cuerpo de bronce al rojo vivo.

Cuando reparó en la hechicera se detuvo. Ella le miró atrevidamente y se puso a cantar una canción mágica. Luego sacó de su seno un frasquito de cristal y dijo al gigante :

—Soy Medea, la maga. Mi hermana Circe



Me has hecho traición, falsa maga

me ha dado este frasquito, diciéndome : «Ve a recompensar al fiel gigante Talos, porque su fama se ha extendido por todas partes.» Obedeciendo a sus mandatos, he venido con el propósito de echar este líquido en vuestras venas, y así seréis siempre joven.

Talos escuchó estas falsas palabras, las creyó y se acercó a la joven ; pero ésta, al verlo, le dijo :

—Antes es necesario que os echéis al mar para enfriaros, porque de lo contrario abrasaríais mis tiernas manos. Luego me enseñaréis el clavo que tapa el extremo de vuestra vena, y así podré echar el líquido que contiene el frasco.

El simple Talos no vaciló un momento en hacer lo que la joven le indicaba. Se echó al mar y luego, arrodillándose ante Medea, le enseñó el clavo secreto. La joven lo retiró delicadamente, pero no echó nada dentro la vena. Entonces, de ella salió una corriente de fuego líquido.

Talos trató de levantarse, y exclamó :

—¡ Me has hecho traición, falsa maga !

Ella levantó sus manos y empezó a cantar

una canción mágica, cuya virtud rindió completamente al gigante.

Al caer éste la tierra crujió bajo su peso y el fuego líquido continuaba saliendo de su vena, deslizándose por el suelo hacia el mar, como una corriente de lava.

Medea llamó entonces a los héroes y les dijo :

— ¡ Venid a llenar en paz vuestros odres de agua !

En cuanto estuvieron en tierra pudieron ver al gigante, que yacía muerto. Llenos de agradecimiento cayeron a los pies de Medea, besándoselos. Luego hicieron su provisión de agua, embarcaron ovejas y bueyes y abandonaron aquellas costas que tan inhospitalarias habían sido.

En cuanto desembarcaron en otra isla ofrecieron sacrificios a los dioses, y Orfeo les purificó de su pecado.

Por último, después de una penosa navegación, cansados y derrengados por tantos trabajos pasados, se hallaron de nuevo ante la montaña Pelión y en breve divisaron las costas de Colcos.

Cobrando nuevo vigor a la vista de su patria,

impulsaron el buque, a fuerza de remo, hacia tierra ; pero, cuando estaban cerca de ella, vieron con pena que todos juntos no tenían la fuerza suficiente para vararlo en la playa ; entonces, desesperados y llorosos, se arrastraron por la arena, hasta que ni fuerzas tuvieron para seguir llorando.

Tenían además tristeza, porque todas las casas y árboles estaban totalmente cambiados y las caras de la gente que fué a verlos les eran desconocidas.

El pueblo se congregó a su alrededor, preguntándoles :

—¿ Quiénes sois y por qué lloráis de esta manera ?

—Somos los hijos de vuestros príncipes, que nos embarcamos para ir en busca del Vello de Oro, que traemos con nosotros. Dadnos noticias de nuestros padres y nuestras madres, si todavía pertenecen al mundo de los vivos.

Entonces se oyó un coro de gritos de alegría de lamentaciones y sollozos y todos los reyes fueron a la orilla de mar, en busca de sus respectivos herederos, a los que llevaron con gran pompa a sus casas, gozosos por la victoria que habían alcanzado.

Jasón, juntamente con Medea, se encaminó al palacio de su tío Pelias. Al entrar le vió en compañía de su padre Asón, los dos cayéndose de vejez y con la cabeza vacilante al tratar de calentarse ante el fuego que tenían encendido.

Jasón se arrodilló ante su padre Asón, y llorando le dijo :

—Soy vuestro hijo Jasón y de regreso de mi viaje he traído el Vello de Oro y a una princesa de la raza del Sol, de la que haré la compañera mi vida.

Entonces el anciano padre se abrazó como un niño a las rodillas de su hijo y lloró de alegría. No le quería dejar marchar, y le dijo suplicante :

—Prométeme que no me abandonarás mientras viva.

Jasón le tranquilizó, y volviéndose hacia su tío le dijo :

Ahora devolvedme el reino que usurpasteis a mi padre, en cumplimiento de la promesa que me hicierais al marchar. Ya veis que yo he cumplido la mía.

Pelias accedió de buena gana, y de esta manera Jasón fué rey de Colcos.

TESEO

CAPÍTULO I

DE CÓMO TESEO LEVANTÓ LA LOSA

HUBO en otro tiempo una princesa, llamada Etra, que tenía un hermoso hijo que respondía al nombre de Teseo y era el muchacho más valiente de todo el país. Etra nunca sonreía, excepto cuando miraba a su hijo, porque su esposo la había olvidado y vivía en otra comarca.

Etra acostumbraba ir con frecuencia al templo de los dioses, desde allí miraba durante todo el día a través de la bahía, por encima de las purpúreas cimas de las montañas, a la orilla Atica, que se divisaba más allá.

Cuando Teseo contó quince años de edad, le llevó consigo al templo y se detuvo en los macizos de plantas que crecían en el jardín de los dioses. Luego le guió hasta un enorme plátano, y suspirando le dijo:

—Teseo, hijo mío, al pie de este plátano verás una gran losa de piedra. Levántala y tráeme lo que halles debajo de ella.

Teseo se puso a buscar entre las raíces del árbol y halló, conforme le dijera su madre, una gran losa de piedra cubierta de yedra y musgo.

Probó de levantarla pero no pudo conseguirlo. Insistió hasta que el sudor salió de todo su cuerpo, desde la frente a los pies, hasta que asomaron las lágrimas a sus ojos, avergonzando al ver su impotencia ; pero todo fué inútil. Por fin regresó al lado de su madre, diciendo :

—He hallado la losa, pero no puedo levantarla, y creo que ningún otro hombre podría hacerlo.

La madre suspiró y dijo :

—Ya llegará el día en que seas el hombre más fuerte de todos los que viven en este país.

Y tomándole de la mano entraron en el templo y oraron, regresando a su casa.

En cuanto hubo transcurrido algo más de un año, condujo nuevamente a Teseo al templo y le ordenó que alzara la losa, pero tampoco le fué posible.

La madre suspiró como el año anterior y dijo otra vez las mismas palabras ; regresó a la ciudad, y al año siguiente obligó a su hijo a que probara de nuevo su fuerza. Pero, desgraciada-

mente, Teseo tampoco pudo levantar la losa aquel año ni el siguiente.

Hubiera querido preguntar a su madre el misterio de aquella losa y de lo que se hallaba debajo, pero su fracaso tenía tan triste que no se atrevió. Sin embargo, se dijo:

—Día llegará en que pueda levantarla.

Y para robustecerse empleó todo el tiempo de que disponía en ejercitarse en la lucha, en cazar osos, toros y gamos por rocas y montañas, hasta que, por fin, no hubiera podido hallarse cazador más ligero que Teseo, de quien decía el pueblo: «¡Seguramente los dioses le protegen!».

En cuanto cumplió diez y nueve años, Etra le llevó otra vez al templo y le dijo:

—Si hoy no levantas la losa, no sabrás jamás quién eres.

Teseo se dirigió al plátano, y agarrándose a la argolla de la losa tiró con toda su fuerza y consiguió moverla.

—Aunque mi corazón se despedace, he de levantarla—dijo.

Y tirando desesperadamente la levantó por fin y desplazándola la dejó caer en tierra, soltando un grito de alegría.

Cuando miró al hueco, vió una espada de bronce con magnífico puño de oro y al lado un par de sandalias, de oro también.

Teseo lo tomó todo y echó a correr en busca de su madre, llevando en alto los dos objetos que acababa de hallar.

Al verlo, Etra se puso a llorar silenciosamente, tapándose la cara y Teseo, entristecido al ver el llanto de su madre, la acompañó en él sin saber la causa.

En cuanto se tranquilizó levantó la cabeza, y poniéndose un dedo en los labios, dijo a Teseo :

—Ocúltalo todo bajo tu manto y acompáñame.

Salieron del patio sagrado y se pusieron a mirar al mar, a través de la bahía.

—¿Ves esa tierra que está a nuestros pies? —preguntó Etra.

—Sí—repuso Teseo— ; en ella nací y he vivido.

—¿Ves ahora aquella comarca que está más allá?—siguió preguntando la madre.

—Sí, es Atica ; en ella vive el pueblo ateniense—repuso el muchacho.

—Es un hermoso y grande país, Teseo, hijo mío. Las montañas allí están cubiertas de oloroso tomillo, los prados de aromáticas violetas y los ruiseñores cantan todo el día en las espesuras. Hay doce ciudades muy pobladas por una antigua raza. ¿Qué harías tú, Teseo, si fueras el rey de aquella tierra?

Teseo estaba atónito mirando el brillante mar y la hermosa costa ática. Su corazón se ensanchó de júbilo al oír las palabras de su madre, y contestó:

—Si yo fuera rey de tan hermoso país, quisiera gobernarlo con justicia y prudencia, con sabiduría y poder.

—Toma, pues, la espada y las sandalias y ve a presentarte a tu padre, Egeo, rey de Atenas, y dile: «La losa ha sido levantada.» Luego le enseñas la espada y las sandalias, y acepta el porvenir que los dioses te reserven.

—¿He de dejaros,, madre mía?—preguntó Teseo llorando.

—No llores por mí—dijo la madre.

Luego le besó cariñosamente, y llorando entró en el templo a orar. Teseo no la volvió a ver.

LOS HÉROES
CAPÍTULO IITESEO VENCE AL GIGANTE PERIFETES
Y AL BANDIDO SINIS

El joven se quedó solo con la cabeza llena de nuevas ideas. Empezó a formar proyectos y lo primero que se le ocurrió fué ir al muelle y alquilar un rápido navío para atravesar la bahía en dirección a Atenas; pero aun este medio de viajar la pareció lento en demasía. Hubiera deseado poder atravesar el mar en alas del viento.

Después de permanecer un rato pensativo, sintió que sus ensueños de grandeza se desvanecían :

—Tal vez mi padre tiene otros hijos queridos—se dijo—, y quizás no me reciba cariñosamente. Me ha tenido olvidado desde mi nacimiento y esto es una prueba de que no me quiere.

Semejantes ideas le pusieron algo triste, pero, por fin, reaccionando, exclamó :

—¡ Haré que me quiera ! ¡ Voy a conquistar honores, y llevaré a cabo tales hazañas que Egeo estará orgulloso de mí, aun cuando tenga otros cincuenta hijos ! Iré por tierra a Ate-

nas, franqueando las montañas. Tal vez halle algunas aventuras por el camino y con ello conquiste el cariño del autor de mis días.

Poniendo en práctica su plan, Teseo emprendió su viaje por las montañas, empuñando la espada de su padre. Subió por ellas hasta que los valles adquirieron un tinte azulado y las nubes le humedecieron el cuerpo. Pero siguió avanzando, con mucha pena a veces, atravesando los pantanos y espesuras que se presentaban a su paso, hasta que llegó a un lugar en que había un montón de piedras.

En ellas estaba sentado un gigante, envuelto en una piel de oso.

Al ver a Teseo se levantó y se echó a reír a carcajadas.

—¿Quién eres, hermosa mosca, que tan de prisa te precipitas en la tela de araña?

Teseo siguió andando sin contestar una palabra, preguntándose :

—¿Será algún ladrón? ¿Será alguna aventura que se presenta?

El extraño sujeto soltó otra carcajada y dijo :

—¿No sabes que este lugar es la telaraña de la que no escapa ninguna mosca y que yo soy la araña que se las come? Acércate y deja

que me recree contigo. No hay necesidad de que eches a correr, porque esta parte de la montaña forma un laberinto tal, que nadie puede hallar su camino para huir.

—¿Y cuál es vuestro nombre, atrevida araña?

—Me llaman el gigante Perifetes—repuso el ladrón—, y con mi maza mato a las pobrecitas moscas que se enredan en mi red.

Y levantándose exhibió una formidable maza de bronce.

—Ahora, dame tu hermosa espada, el manto y las sandalias de oro, porque de lo contrario morirás.

Teseo, en vez de acceder a lo que se le pedía, arrollóse el manto al brazo apretando sus pliegues, a fin de amortiguar los golpes que recibiera, y sacando su espada se echó sobre el gigante Perifetes, quien se preparó a atacarle también.

Tres veces dió a Teseo en su maza y las tres el joven se inclinó como un arbolito al impulso del huracán, pero luego se incorporaba de nuevo con gran asombro del gigante. Teseo, por su parte, le hirió tres veces asimismo, pero los pliegues de la piel de oso, salvaron al gigante.



Pero bailaban sin música .

El joven, irritado, estrechó más a su contrario; soltando la espada le agarró con fuerza por el cuello, y en la lucha cayeron los dos al suelo. Largo rato estuvieron tratando de estrangularse uno a otro hasta que, por último, Teseo se levantó, mirando con satisfacción a su enemigo, que yacía inmóvil a sus pies.

Despojó al gigante de su maza y de la piel de oso y prosiguió su camino hasta que llegó a una gran pradera cubierta por una vegetación espléndida. Vió muchos rebaños que descansaban a la sombra de los árboles, y cerca de una agradable fuente algunas ninfas y pastores que danzaban; pero lo que extrañó mucho a Teseo fué que bailaban sin música.

Cuando divisaron a Teseo, exhalaban gritos de espanto, y mientras los pastores echaban a correr atemorizados, las ninfas se precipitaron dentro de la fuente y se desvanecieron.

Teseo estaba admirado, y riendo exclamó:
—¿Qué extrañas gentes son éstas, que huyen en cuanto ven a una persona extraña y bailan sin música?

Y como estaba cansado y sediento y además iba lleno de polvo, no se cuidó más de ellos, sino que se bañó en la fuente, apagó su

sed y se echó a la sombra de un plátano, donde el rumor del agua, cayendo de una piedra a otra, le adormeció dulcemente.

Al despertar oyó algunos murmullos, y entreabriendo los ojos vió que las ninfas le miraban a través de la fuente, desde la oscura entrada de una caverna, ante la que estaban sentadas sobre la blanda hierba.

—Con toda seguridad no es el gigante Perifetes—decía una de ellas.

Y otra añadió :

—No parece ningún ladrón, pues es un hermoso joven.

Entonces Teseo sonrió, y llamándolas, les dijo :

—Hermosas ninfas, no soy el gigante Perifetes. Ahora está durmiendo con los milanos y las cornejas, y yo le he quitado su piel de oso y su maza.

Al oír eso, las ninfas se acercaron a él y llamaron a los pastores para que volvieran. Teseo les contó que había matado al gigante, y los pastores, llenos de agradecimiento, le besaron los pies, poniéndose a cantar :

—Ahora podremos pastorear con libertad ; no tendremos miedo de tocar la flauta cuando

bailemos. El gigante Perifetes ya no existe y no podrá oír ya más el sonido de nuestras flautas.

Luego ofrecieron a Teseo cabritos, carne y vino y las ninfas le dieron miel, que recogieron en las rocas.

El héroe comió y bebió con ellos, y una vez terminada la comida, le rogaron que se quedase ; pero el joven no quiso aceptar.

Tengo mucho que hacer—les dijo— ; he de ir a Atenas.

Pues es menester que vigiléis mucho—le replicaron los pastores—, porque es muy fácil que halléis al bandido Sinis, el Tuerce-Pinos ; le llaman así porque tiene la costumbre de inclinar dos pinos y a los pobres viajeros que caen en su poder los ata de las manos a uno de los troncos y de los pies al otro, de modo que, cuando los árboles se enderezan de nuevo, dividen en dos partes el cuerpo de las infelices víctimas.

Teseo agradeció el aviso, pero no por esto dejó de continuar su viaje, porque en su interior estaba firmemente decidido a ir en busca del ladrón. Le halló por fin en un bosque de pi-

nos, en un lugar en que el camino corría por entre dos altas rocas.

El ladrón estaba sentado en una piedra, con un abeto aguisa de clava entre sus piernas; a su lado se veía una fuerte cuerda, y sobre su cabeza, en la copa del abeto, colgaban los huesos de los pobres viajeros asesinados.

—¡Hola, valiente Tuerce-Pinos! — gritó Teseo—. Has reservado dos árboles para mí?

El ladrón se levantó, y señalando los huesos que colgaban del árbol, exclamó:

—Mi despensa está ya vacía y por lo tanto tengo los dos pinos preparados para ti.

Y se precipitó sobre Teseo, levantando su clava. Pero el joven le aguardó a pie firme y empezaron a batirse furiosamente.

Por fin, Teseo consiguió asestar un fuerte golpe a su contrario, que cayó pesadamente al suelo, y entonces el joven le sujetó, y atándole con su propia cuerda, le dijo:

—Lo que tú has hecho a los demás voy a hacer contigo.

E inclinando las copas de dos jóvenes pinos ató al ladrón entre ellos, a pesar de sus ruegos y de la resistencia que hacía; y en cuanto soltó los árboles el bandido pereció. Teseo marchó

de aquel lugar, dejando abandonado a los cuervos el vadáver del miserable.

Limpiando el camino de malhechores a medida que lo iba recorriendo, el joven llegó por último a la ciudad de Atenas. Al entrar en la ciudad vió que todo el pueblo había ido a recibirle, porque la fama de sus hazañas le precedió y todos conocían sus actos de valor. Al verle gritaban :

—¡ Ahí está ! ¡ Mirad al héroe !

A pesar de este entusiasta recibimiento, Teseo estaba triste e inquieto, por ignorar el que le reservaba su padre. Se encaminó en seguida al palacio del Rey, subió las escaleras que a él conducían y se internó hasta hallarse ante la puerta de una gran sala, en cuyo umbral se detuvo.

Vió a sus primos sentados alrededor de una mesa, riendo alegremente y bebiendo con abundancia, pero entre ellos no estaba el Rey Egeo.

Los comensales vieron a Teseo y le llamaron, diciendo :

—¡ Eh ! extranjero que estáis en la puerta, ¿ qué deseáis ?

—Vengo a pedir hospitalidad.

—Os la concedemos con gusto, y sed bien-

venido, Parecéis un héroe o un valiente guerrero, y como tal venid a beber con nosotros.

—No os pido a vosotros la hospitalidad; quiero solicitarla de Egeo, el señor de esta su casa.

Algunos de los jóvenes refunfuñaron, pero otros, riendo, gritaron:

—¡Todos nosotros somos dueños!

—Entonces yo debo ser mucho más dueño que vosotros—dijo Teseo, atravesando la sala en busca de Egeo.

Los jóvenes miraron a Teseo y luego cambiaron miradas de asombro entre sí, murmurando:

—Es un atrevido y será necesario acometerle en cuanto salga.

Pero, inmediatamente, se fijaron en que los hombros del joven estaban muy desarrollados y en que, tal vez, sería temeraria empresa atacarle, y por lo tanto permanecieron quietos en sus sillones.

Teseo llamó entonces a los criados y les dijo:

—Id a anunciar al rey Egeo, vuestro señor, que aquí está Teseo solicitando su hospitalidad.

Un criado corrió a cumplir la orden y halló a Egeo en sus habitaciones, en donde Medea, la hechicera, su esposa, le estaba contemplando atentamente.

Cuando el Rey se enteró de que Teseo estaba en su palacio palideció, y luego, sonrojándose, se levantó temblando de su sillón, mientras la maligna Medea le vigilaba como una serpiente pronta a atacarle.

—¿Qué relación tiene con vos Teseo?— preguntó.

—¿No sabéis quién es?—dijo el Rey, eludiendo la pregunta con otra—.Es el héroe que ha librado de bandidos mis dominios. Debo ir a recibirle y darle mi bienvenida.

En efecto, Egeo fué a la sala; y en cuanto Teseo le vió pareció como si su corazón quisiera saltar de su pecho, ansiando echarse al cuello de su padre. Pero se contuvo, pensando:

—Mi padre tal vez no me profesa ningún cariño. He de convencerme de sus sentimientos antes de hacerle saber quién soy.

E inclinándose ante Egeo le dijo:

—He librado los dominios reales de muchos monstruos, y por esta razón vengo a pedir una recompensa al Rey.

En cuanto el anciano Egeo le vió sintió desde luego simpatía por el héroe, pero en contestación a sus palabras suspiró y dijo :

—Es muy poco lo que puedo daros, noble joven, y desde luego, nada que sea digno de vos.

—Todo lo que yo pido— repuso el joven—, es comer y beber en vuestra mesa.

—Esto puedo concedéroslo—dijo Egeo—, si, como me figuro, soy el amo en mi casa.

Entonces ordenó que acercaran una silla para Teseo y le puso delante los mejores manjares que había sobre la mesa. Teseo se sentó y comió tanto, que todos los que le miraban estaban maravillados y mucho más al ver que, ni aun comiendo, había abandonado su maza.

Entretanto Medea, la hechicera, estaba vigilando al héroe, pues le había extrañado la emoción que sintiera el Rey al saber que el joven preguntaba por él. Por esta razón se dijo :

—Este joven acabará por ser aquí el amo, si yo no lo impido.

Regresó a sus habitaciones mientras Teseo comía. Los criados, observándole, se decían al oído :

—Este es el que ha matado a tantos monstruos. ¡Cuán nobles son sus miradas y qué

gigantesca estatura tiene ! ¡ Ojalá fuera el hijo de nuestro señor !

A la sazón regresó Medea, adornada con sus más elegantes vestiduras y con las más ricas joyas que poseía ; estaban verdaderamente hermosa y todos los comensales no pudieron menos de atestiguarle la admiración que les produjo su belleza, pues no les era posible apartar de ella sus miradas. En la mano derecha llevaba una copa de oro y en la izquierda un frasquito del mismo metal. Se acercó a Teseo, y hablándole con dulce voz, le dijo :

¡ Gloria al héroe ! Bebed en mi copa encantada, que da el descanso después de las fatigas y cura las heridas más peligrosas.

Y mientras hablaba llenó la copa de brillante vino.

Teseo miró su cara y sus negros y profundos ojos ; al hacerlo, retrocedió tembloroso, porque tenían el mismo aspecto que los secos ojos de las serpientes.

—El vino es exquisito y la escanciadora muy hermosa—dijo—. Permitidme que os ruegue beber primero en la misma copa, para hacer más dulce su contenido.

Medea palideció intensamente y dijo balbuceando :

—Perdonadme, hermoso héroe, pero estoy enferma y no me atrevo a beber vino.

Teseo la miró de nuevo y, al ver sus odiosos ojos, exclamó :

—¡ Si no bebes en esta copa morirás a mis manos !

Medea soltó un grito, arrojó la copa al suelo y huyó al verse descubierta, porque el vino contenía un activo veneno.

Sin perder momento pidió su carro arrastrado por un dragón, y subiendo en él emprendió la fuga por mares y montañas y desapareció para siempre. Egeo, al ver aquella escena, exclamó :

—¿ Qué habéis hecho ?

—Después de haber limpiado vuestros dominios de malhechores, acabo de libraros de un enemigo muy temible.

Y acercándose al Rey, sacó de sus alforjas la espada y las sandalias y, conforme le ordenara su madre, le dijo estas palabras :

—La losa está levantada.

Egeo retrocedió un paso y miró al joven.

Luego, sus ojos se nublaron y le abrozó llo-

rando. Teseo le acompañó en su llanto hasta que los dos ya no pudieron llorar más.

Egeo, volviéndose a sus servidores y cortesanos, les dijo :

—¡ Mirad ! ¡ Este es mi hijo !

Los primos de Teseo no vieron con mucha satisfacción este acontecimiento y sacando las espadas le acometieron.

El héroe combatía solo contra veinte ; sin embargo los venció y todos huyeron, dejándole con su padre.

Y antes de que llegara la noche, la ciudad entera se regocijó con bailes y fiestas, en celebración de que el Rey había hallado un heredero para su casa real.

Teseo permaneció en compañía de su padre durante todo el invierno, y en cuanto se aproximó la primavera pudo observar que el pueblo de Atenas se ponía triste y silencioso. Preguntó la razón de aquel silencio y de la tristeza que veía pintada en todos los semblantes, mas nadie quiso contestar a sus preguntas.

En vista de ello se fué a preguntar a su padre, pero éste, en vez de satisfacer su curiosidad, ocultó el semblante y se echó a llorar.

En plena primavera, se presentó un heraldo en la plaza del mercado y gritó :

—¡ Oh, pueblo y rey de Atenas ! ¿ Dónde está vuestro tributo anual ?

Entonces una gran lamentación salió de todos los pechos.

Teseo, levantándose, preguntó al heraldo :

Soy extranjero ; decidme, si os place ¿ cuál es el motivo de vuestra venida ?

—Vengo a cobrar el tributo que el rey Egeo prometió al rey Minos. Aquí se derramó sangre injustamente ; el rey Minos vino para vengarla y no salió de Atenas hasta que la ciudad hubo prometido pagarle un tributo anual, consistente en siete jóvenes y siete muchachas. Ahora vengo para hacer efectivo este tributo y llevármelo en un buque de negro velamen.

Teseo, gimiendo interiormente, dijo :

—Iré ya con esos jóvenes y muchachas y mataré al rey Minos sobre su trono real.

Pero Egeo, su padre, le rogó, llorando :

—Tú no irás, hijo mío ; tú no has de morir horriblemente, como morirán esos jóvenes, porque Minos los hace entrar en un laberinto del cual ninguno puede escapar, tan complicados son sus pasadizos, sin hallar antes al Minotauro,

el monstruo que se nutre de carne humana. Este los devora horriblemente y correrías la misma suerte de persistir en tu propósito.

—Pues ahora más que nunca deseo ir con ellos para matar al monstruo.

Egeó cayó de rodillas ante su hijo, suplicándole que se quedara, pero éste no quiso ceder. Por fin, en vista de la inutilidad de sus ruegos le dejó partir, llorando amargamente, pero no sin decirle antes :

—Prométeme tan sólo una cosa, en el improbable caso de que regreses sano y salvo. Vuelve en el mismo buque, pero acuérdate de ponerle velas blancas en vez de negras, como las lleva ahora, a fin de que yo, desde lejos, pueda saber tu buena o mala fortuna.

Teseo se lo prometió y salió a la plaza del mercado, en donde estaba el heraldo echando suertes entre los jóvenes y muchachas que se agrupaban a su alrededor, para elegir a los que debían embarcarse con él.

La gente del pueblo también estaba congregada allí, llorando cada vez que la suerte designaba a uno para formar parte de la fatal comitiva. Entonces Teseo, entrando en el corro, gritó :

—¡Aquí hay uno que no necesita ni quiere echar suertes! ¡Deseo ser uno de los siete!

El heraldo, maravillado, le preguntó:

—Hermoso joven, ¿estáis enterado del destino que os aguarda?

—Sí—repuso Teseo, atrevidamente—; y permitid que os acompañe en el buque de las velas negras.

Terminado el sorteo, el heraldo, acompañado de los desgraciados jóvenes, se encaminó al puerto. Teseo iba a la cabeza de todos y el pueblo los seguía llorando. Entonces el héroe murmuró al oído de sus compañeros:

—Tened esperanza, porque el monstruo no es inmortal.

Los desgraciados se sintieron algo reconfortados con estas palabras, pero no pudieron contener su llanto al entrar en el buque y al abandonar, tal vez para siempre, su patria, familia y amigos.

CAPÍTULO III

TESEO DA MUERTE AL MINOTAURO

El buque empezó a navegar muy despacio, pero luego un viento favorable le condujo con

rapidez a la isla de Creta. Desembarcaron y muy pronto Teseo se halló en presencia del rey Minos. Este ordenó que se llevara a los cautivos a la cárcel y que, de uno en uno, les fueran echando al Minotauro.

—¡Hacedme un favor, Minos! ¡Permitid que yo sea el primero en ser arrojado al monstruo! He venido aquí con este propósito, por mi propia voluntad y no obligado por la suerte.

—¿Quién eres, valiente joven?—preguntó el Rey.

—Soy el hijo de Egeo, el rey de Atenas y he venido a pagaros el tributo anual.

Minos le estuvo contemplando un instante, y pensó:

—El muchacho, con su muerte, quiere expiar el pecado de su padre.

Y en alta voz le dijo:

—Vete en paz, hijo mío, porque sería una lástima que muriera un valiente como tú.

Pero Teseo contestó:

—He jurado no regresar sin haber visto al monstruo.

—Pues le verás—repuso Minos, frunciendo el entrecejo.

Los guardias, por lo tanto, llevaron a Teseo a la cárcel, juntamente con los otros jóvenes y muchachas.

Pero Ariadna, la hija de Minos, al ver a Teseo tan valiente y hermoso, sintió por él un ardiente amor.

—Es una vergüenza que muera un joven como este—se dijo.

Y por la noche salió de su habitación y fué a ver al héroe, al que dió cuenta de los sentimientos que había inspirado a su femenino corazón.

—Huid, vos y vuestros amigos, y llevadme con vosotros—dijo—, porque yo no me atrevería a quedarme aquí, una vez estuvierais fuera de la prisión; sé que mi padre me haría sufrir una muerte horrible, al enterarse de lo que he hecho.

Teseo permanecía silencioso, confundido y atónito al contemplar su belleza. Por fin dijo:

—No puedo regresar a mi patria sin haber muerto al monstruo, terminando de esta manera con la infelicidad de mi pueblo.

—¿Queréis matar al Minotauro? ¿Cómo po-

dréis hacerlo?—preguntó Ariadna sorprendida.

—No lo sé, ni me importa, pero tendrá que ser muy fuerte si lo es más que yo—dijo Teseo.

Ella sintió que su amor por el joven aumentaba al verle tan valiente y decidido, y repuso:

—Y en cuanto le hayáis muerto, ¿de qué manera saldréis del laberinto?

—Tampoco lo sé ni me importa, pero será muy extraño que no consiga hallar la salida mientras pueda alimentarme con el cuerpo del monstruo.

Ariadna estaba encantada.

—Hermoso joven—añadió—, sois demasiado atrevido, pero yo, débil cual soy, puedo ayudaros. Os daré una espada, y con ella podréis tal vez matar al monstruo, y un ovillo de hilo con ayuda del cual quizás os sea posible hallar el camino de regreso. Prometedme tan sólo que, si escapáis sano y salvo, me llevaréis con vos a vuestro país.

Teseo ocultó la espada y el ovillo de hilo, y cayendo a los pies de la Princesa se los besó, así como las manos, mientras ella sollozaba al

pensar en el terrible peligro que su amado iba a correr. Luego Ariadna se marchó y Teseo se tendió a dormir tranquilamente.

Al salir el sol los guardias le sacaron del calabozo y le llevaron al laberinto. Se internó en aquel sombrío abismo y dió vueltas tan pronto hacia la derecha como hacia la izquierda, unas veces subiendo y otras bajando, hasta que se sintió mareado. Pero, desde que entrara allí, no había soltado el ovillo de hilo, cuyo extremo atara a una piedra de la entrada, y prosiguiendo su camino lo iba desenrollando. Por fin descubrió al Minotauro, que se hallaba en un estrecho recinto rodeado de altísimas rocas.

Entonces se detuvo, porque nunca había visto un monstruo tan extraño. Tenía el cuerpo de un hombre, pero su cabeza era como la de un toro con dientes de león.

Cuando el Minotauro vió a Teseo rugió, bajó la cabeza y se abalanzó a él.

Pero Teseo se apartó ligeramente, y en cuanto el monstruo pasó le hirió en la rodilla con su espada, y cuidando de permanecer siempre detrás de la fiera hundió varias veces el arma en su cuerpo, hasta que por último al Mi-



Nunca había visto un monstruo tan extraño

notauro emprendió la fuga rugiendo salvajemente.

Teseo le siguió, sosteniendo en su mano el ovillo de hilo, y por fin alcanzóle. Entonces le cogió por los cuernos, y obligándole a bajar la cabeza le hundió en el cuello su afilada espada.

Luego, Teseo se preparó a regresar y sin ningún esfuerzo halló el camino, siguiendo el hilo indicador, hasta que llegó a la entrada del temible laberinto, en donde halló a Ariadna, que le estaba aguardando.

El héroe murmuró al oído de la Princesa :

—Ya está hecho.

—Y le enseñó la espada.

Entonces ella se puso un dedo en los labios, recomendándole el silencio, y conduciéndole a la cárcel abrió la puerta y libertó a los prisioneros, mientras los guardianes dormían pesadamente, pues Ariadna los había narcotizado con algunas drogas que mezclara en el vino que bebieran.

Todos juntos se encaminaron alegremente al buque, en el que emprendieron el viaje de regreso. Muy pronto la noche se extendió a su alrededor, y de tal modo pudieron escapar feliz-

mente. Entonces Teseo se casó con la princesa Ariadna.

Pero la hermosa joven no llegó a Atenas con su esposo.

Algunos dicen que, mientras dormía en una playa, uno de los dioses la halló y se la llevó al cielo, y otros que el dios la arrebató por la fuerza a su esposo. Sea de esto lo que fuere, por apresuramiento o por tristeza, Teseo se olvidó de poner velas blancas al buque.

Su anciano padre, Egeo, estaba sentado en la costa esperando un día tras otro, cansando sus débiles ojos para ver si en el horizonte se presentaba el esperado bajel, y cuando vió las negras velas dió por muerto a Teseo y desesperado se arrojó al mar, que, aun hoy, se denomina «mar Egeo».

Teseo fué entonces rey de Atenas, y gobernó tan bien y con tanta sabiduría que el pueblo le honró aún después de su muerte, durante muchos siglos, llamándole el padre de su libertad y de sus leyes.

FIN



LAS OBRAS MAESTRAS AL ALCANCE DE LOS NIÑOS

COLECCIÓN ARALUCE

Esta colección se compone de las obras más famosas en el mundo y cumple a maravilla el precepto de INSTRUIR DELEITANDO, contribuyendo, además, a formar el buen gusto de los jóvenes lectores.

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|------------------------------------|-------------------------------------|
| Guillermo Tell. — | Don Quijote de la Mancha. |
| Historias de Shakespeare. | (2 tomos.) |
| Más historias de Shakespeare. | Cántico de Navidad. |
| Los Héroe. | Yvanhoe. |
| La Divina Comedia. | Los Caballeros de la tabla redonda. |
| Historias de Hans Andersen. | Cuentos de la Alhambra |
| Historias de Wagner. | La Infantina de Francia. |
| Viajes de Gulliver. | El Paraíso perdido. |
| La Cabaña del tío Tomás. | Los Lusiadas. |
| Cuentos de Grimm. | La Gitanilla de Cervantes. |
| Robinson Crusoe. | El lazarillo de Tormes. |
| La Ilíada. | Hazañas del Cid. |
| La Odisea. | Historias de Lope de Vega. |
| La Eneida. | Fábulas de Esopo. |
| Historias de Calderón de la Barca. | La canción de Rolando. |
| Historias de Chaucer. | Cuentos de Hoffmann. |
| | Tradiciones Iberas. |
| | La Araucana. |

SA

207-08

007

